
AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
3
PTAS
EL RESCATE
POR FIDEL PRADO

Aventuras de JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



Es propiedad del editor.

Reservados los derechos.

IMPRESO EN

GRAFICAS BRUGUERA

BARCELONA


El
RESCATE

CAPÍTULO PRIMERO

La huida

DANDO terribles tumbos, amenazando con deshacerse en veinte pedazos a cada salto sobre el duro y repelente terreno que recorría, un calesín rodaba todo lo aprisa que las trochas se lo permitían.

El conductor, hombre duro, de puños de hierro, hostigaba a los briosos caballos a vencer por nervios los obstáculos que el paisaje alzaba a su paso, y poco a poco iban ganando terreno, dejando atrás un lugar que para el vehículo era peligroso en grado sumo.

Dentro del calesín, privadas de conocimiento a causa del anestésico, iban Stella y Vera. La primera, con su arrugado traje de boda liado al cuerpo, parecía una figura más fantasmal que real, y la segunda, grave y marmórea, parecía tallada en granito.

Frente a ellas, con el revólver amartillado vigilándolas fieramente, se tambaleaba Zenker a cada vaivén del carruaje. Debía llevar los huesos molidos del traqueteo, pero la alegría feroz que le embargaba, el loco deseo de venganza que fulguraba en sus crueles ojos, le hacía desdeñar aquellas molestias físicas, nada comparables con el peligro que había corrido durante unas cuantas horas y el que aún estaba corriendo.

La tarde amenazaba con morir en breve. Llevaban rodando un

buen número de horas por un terreno infame, buscado adrede para despistar en lo posible la feroz persecución que debía iniciarse, y Zenker, a pesar de esta manifiesta ventaja, no se encontraba muy tranquilo. Conocía la tenacidad de su terrible rival y sabía que en esta ocasión se excedería en poner a prueba su sagacidad y resistencia física para localizarle.

Pero también él esta vez había tomado sus precauciones con calma y cuidado exquisito. Había contado con muchos días de antelación para trazar sus planes y cuidar los detalles, y estaba casi seguro de que por fin la victoria iba a ser plenamente suya.

Confiaba en que la velocidad de los caballos que arrastraban el calesín de los ocho pistoleros haría cabalgar furiosamente muchas horas a Texas siguiendo aquella pista falsa, y después, cuando se convenciese de que había sido engañado y tratase de rectificar, habrían transcurrido tantas horas, que le sería imposible localizar las verdaderas huellas para alcanzarles.

Se encontraba en una parte de la región donde el terreno montañoso cubría la mayor extensión, y sabría sacar partido de él para, al final, detenerse donde todo lo tenía bien preparado para esconder a sus dos infelices víctimas.

Después… ya vería qué decisión tomaba con ellas. Tenía que estudiar su suerte, aunque la de Vera estaba ya decidida. Su traición, el abandono en que le había dejado, la humillación que le había inferido posponiendo su amor al de Texas, sólo merecían como castigo la muerte, y se la aplicaría sin remordimiento de ninguna especie.

En cuanto a Stella…

Una llamarada feroz brilló en sus ojos al contemplarla tan bella, a pesar de su estado. El mayor insulto que podía inferir a su terrible enemigo, la más cruel puñalada moral que podía aplicarle, era ultrajarla sin remordimiento alguno y luego dejársela abandonada, haciendo su amor imposible, esto si no se la cedía a algún pistolero de la cuadrilla de Jack como más refinado ultraje.

Estaba ya anocheciendo, cuando Jack, que debía tener los huesos molidos de aquella infernal carrera, detuvo el vehículo.

—¿Qué sucede? —preguntó Zenker, asomando la cabeza por la ventanilla.

—Nada, si no es que yo no soy de acero. Estoy molido, y, como

verá, el terreno no se presta a seguir galopando de noche. Creo que ya nos hemos ganado un descanso, y que ahora es muy difícil que encuentren nuestra pista.

—No es fácil, pero…, en fin, creo que tienes razón; vamos a buscar un sitio donde pasar la noche, y mañana alcanzaremos el lugar ya preparado. Creo que este par de tórtolas no tardarán en volver en sí.

Zenker se apeó, echando un vistazo al lugar. Aunque las sombras empezaban a borrarle, se dio cuenta de que estaban en un estrecho cañón rodeado de altos taludes y de que todo el paisaje a su alrededor no era más que un conglomerado de peñascales agrios que parecían querer aplastarles.

Jack, saltando por entre piedras que obstruían el paso, troncos de árboles abatidos por las tempestades y hoyos profundos, se introdujo por unas fisuras de uno de los farallones y, por fin, se detuvo. Había descubierto un pequeño descampado tapizado de seca hierba y rodeado de una pared rocosa que podía albergarles sin temor a ser descubiertos y sin que fuese precisa una vigilancia extremada para guardar a las muchachas.

Regresó junto a Zenker, dándole cuenta del descubrimiento, y el ex secretario dijo:

—Bien; vamos a llevar allí a las jóvenes. ¿Cabe el calesín?

—No; la entrada es muy estrecha.

—Pues luego le buscas un lugar donde esconderlo y te unes a mí. Baja las maletas que van atadas al carruaje. Hay que quitarle a la recién casada esas galas tan escandalosas y comer algo. Por suerte, tuve la previsión de preparar víveres y un traje más sencillo para ella.

El bandido obedeció y transportó dos maletas al escondite; luego ayudó a Zenker a introducir los cuerpos de Stella y Vera.

Dejándole solo con ellas, volvió al sendero del cañón y con precaución hizo avanzar el carruaje hasta otro lugar más holgado, donde pudo introducir el carruaje.

Borrada toda huella, regresó junto a las prisioneras, y por orden de Zenker se dedicó a preparar algo de cena, mientras él, en previsión, amarraba a sus víctimas.

Jack encontró en una de las maletas una pequeña sartén, tocino, café, conservas y harina, y, acostumbrado a la vida nómada de los

bandidos obligados a atenderse a sí mismos en todas sus necesidades, encendió fuego y puso la sartén con un poco de manteca y unos trozos de tasajo. También arrimó un pote para cocer café.

Un olor agradable se esparció por el estrecho escondite, y, como si ello influyese en las muchachas, éstas empezaron a dar señales de vida.

Zenker se envaró al darse cuenta de ello, y, lleno de feroz alegría, esperó a que recobrasen el uso de sus facultades y se diesen cuenta plena de la tragedia que les envolvía.

Fué Vera la primera en recobrar sus sentidos. Le dolía la cabeza horriblemente y sentía unas ganas angustiosas de vomitar, pero, a pesar de estas molestias, su cabeza empezó a regir rápidamente.

Al abrir los ojos paseó su turbia mirada por tan estrecho recinto, y se sintió atraída por la lumbre de la fogata que brillaba en la azulada obscuridad del escondite. La estuvo contemplando unos momentos tratando de darse cuenta del lugar donde estaba y por qué, y, de súbito, al girar los ojos, descubrió a su lado la odiosa silueta de Zenker, que tenía sus fieras pupilas clavadas en ella.

La joven lanzó un grito ronco al descubrirle. Repentinamente, sus recuerdos, habían acudido en turbión a su cerebro, y la escena de la sorpresa en la cabina del fotógrafo pareció iluminarse en su mente con más intensidad que las brasas de la hoguera.

Impetuosa, trató de levantarse, pero emitió un ronco grito de rabia al considerar que era imposible. Tenía los pies y las manos trabadas y se veía obligada a continuar en tierra.

Zenker rio siniestramente al observar su impotencia, y exclamó:

—¿Qué le pasa a la leona, que le han cortado las uñas y no puede hacer uso de ellas? ¿Cómo te encuentras, querida, al hallarte otra vez al lado de tu amante y fiel esposo? Supongo que estarás para estallar de alegría y de felicidad.

El acento era tan insultante, tan feroz, que Vera sintió un estremecimiento en todo su ser. Adivinaba todo el malsano rencor de su marido y presumía que esta vez iba a ser muy difícil que Texas pudiese acudir en su ayuda con eficacia.

Pero, con la valentía que le caracterizaba, le miró intensamente y replicó:

—Estoy tan contenta como si me hubiese metido por

equivocación en un nido de serpientes de cascabel. ¿No lo notas?

—Me encanta que tú lo reconozcas; otra cosa, me hubiese defraudado.

—Bien, ya has conseguido tu objeto. ¿Qué te propones ahora?

—¿No lo divinas, querida? Voy a celebrar mi verdadera luna de miel a tu lado. Antes no pude saborearla a gusto; pero ahora… ¡Estoy seguro de que te vas a morir de felicidad sin que yo pueda evitarlo!

—Lo supongo. ¿Qué clase de muerte ha inventado ahora tu alma vil y repugnante? Creo que dejarme morir encerrada en una cueva es poco para tu temperamento sádico. Quiero creer que has conseguido inventar algo más espectacular, a tono con tu sensible temperamento.

—Quizá en su momento oportuno lo sabrás.

—¿Por qué no me lo dices ya? Con eso aumentarías mis sufrimientos y gozarías más tu triunfo.

Él se sentía rabioso ante el tono irónico de Vera. Adivinaba que su temple no se doblegaba ante el seguro y trágico porvenir y que resistiría cualquier prueba, por terrible que fuese, sin exteriorizar su terror.

Irónico, replicó:

—Lo siento, pero no puedo complacerte cómo sería mi gusto. Una esposa tan amante merece todos los caprichos; pero aún no lo tengo pensado. Son muchos los proyectos que barajo respecto a las dos.

—¿También sobre Stella? —preguntó Vera, dejando exteriorizar esta vez su inquietud.

Él se dio cuenta, y afirmó:

—Pues claro; mi corazón es tan grande, que ya no tiene bastante con una mujer para verter el amor que atesora. Necesito cuando menos dos, y espero que tú no te sientas celosa por ello.

Vera comprendió el terrible proyecto de Zenker, y, fuera de sí, rugió:

—¡Monstruo! ¡Reptil! ¡Hiena!… Eres tan ruin y tan cobarde, que no te atreves a luchar con tu enemigo cara a cara como los hombres, y sólo posees valor para ensañarte con una pobre mujer indefensa. El día que tus podridos huesos bajen a la tierra, hasta los gusanos van a huir de ellos por repugnantes y ponzoñosos. Te van a

despreciar hasta los buitres.

—Bueno, así me dejarán tranquilo. Después de muerto, nada me importa lo que suceda a mis despojos; en cambio, en vida, me interesa guardarlos lo mejor posible y vengarme de los que no poseen ingenio para suprimirme. Es una revancha que le debo a tu «otro amor», y me la cobraré.

—Lo sé, pero… ¡ay de ti el día que caigas en sus manos! El infierno te va a parecer un paraíso, de los tormentos que vas a sufrir antes de irte.

—No lo verán vuestros ojos. ¿No lo comprendes? Te lo debe decir lo sucedido. ¿Poseéis alguno la inventiva, la sagacidad y la sangre fría mía para inventar un truco como el de la barraca fotográfica? ¡La ira que habrá destilado el corazón de Texas al verse burlado y saber que le robaron a su adorable mujercita delante de cientos de personas, sin que nadie pudiera impedirlo! ¡Te juro que he saboreado por vez primera el placer de los dioses con esta venganza, que aún no es completa, pero que lo será!

Vera enmudeció. Se daba cuenta de la infernal alegría de Zenker, y no quería avivarla con sus amargas protestas.

Quedó tensa contemplando a Stella que revivía. La joven se quejaba de fuertes dolores de cabeza y aún no se había dado cuenta de su trágica suerte.

Por fin, su vista pareció aclararse; también contempló la hoguera en primer término, y luego miró alrededor, y al descubrir a Vera a su lado maniatada y a Zenker contemplándola con ojos de loco, se dio cuenta rápidamente de la situación y lanzó un grito estridente capaz de conmover a una peña.

Pero su opresor sonrió salvajemente, y exclamó:

—Muy bien, mi querida paloma; veo que se percata de su situación y que la acusa como es debido.

Stella, menos viril y más delicada que Vera, rompió a llorar amargamente, y Vera, rabiosa, exclamó:

—¡Stella! Debes ser valiente, por ti y por él. La mujer que ha unido ante Dios su destino al hombre más bravo y leal de todo el Oeste, no puede ser cobarde. ¡Toma ejemplo de mí!

Zenker, irónico, afirmó:

—¡Cómo le elogias, Vera! No puedes ocultar el inmenso amor que le tienes. ¿Por qué te muestras tan hipócrita y tratas de

ocultarlo? ¡Si te sentirías feliz de ver cómo tu prima desaparece de la faz de la tierra sólo para que te deje libre el camino de poder llegar hasta él!

Vera acusó el ultraje y se descompuso, insultando de una manera horrible a Zenker, pero a éste sus denuestos no le hacían mella. Se había propuesto torturarla y se sentía más feliz viéndola así, que mansa y resignada.

Vera escupía veneno en sus palabras. Todo lo podía admitir, menos aquella insinuación destinada a sembrar el odio y la desconfianza en el corazón de su prima.

Había renunciado noblemente al amor de Texas, y por nada del mundo sería capaz de hacer traición a su propósito.

Stella captó la sinceridad de sus protestas, y con voz velada exclamó:

—No le hagas caso, Vera; cree que todos son tan rastreros como él. Yo sé muy bien que eres sincera y que ni por un momento has pensado en eso. ¿No comprendes que trata de irritarte?

Zenker bufó al observar cómo el espíritu sutil de la joven le había adivinado el pensamiento, y rabioso se volvió hacia ella, exclamando:

—Bien; eso podrá usted creerlo o no, pero váyase haciendo a la idea de que abrigo otras esperanzas más realistas sobre usted. Será algo tan real, que su marido la repudiará para siempre cuando se la deje convertida en un guiñapo.

Stella adivinó el sentido oculto de la frase, y, lanzando un terrible grito de agonía, se inclinó hacia atrás, perdiendo el conocimiento.

Zenker rió, y Vera, exaltada, hizo una afirmación:

—Te juro que si en alguna ocasión tengo un minuto de libertad para saltar sobre ti, te arrancaré el corazón con mis propias manos.

Él no hizo caso de la promesa, aunque sintió un escalofrío por toda la medula. Sabía del coraje de Vera en determinados momentos, y no dudaba de que era capaz de hacerlo si la ocasión se le presentaba.

Jack cortó la desagradable escena, diciendo:

—Bien, jefe; esto ya está listo, y yo siento un cosquilleo en el estómago terrible. ¿Quiere probarlo?

—¿Cómo no? Yo también noto un apetito feroz. Hay cosas que

ayudan a abrir el hambre.

Tomó una escudilla que el bandido le presentó con tasajo, tocino frito y un pedazo de torta caliente, e invitó a Vera:

—Si tienes hambre, puedo cederte un poco. Entre amantes esposos…

—Que te corroa las tripas como si fuese un alacrán —fue la contestación de ella.

Zenker devoró el condumio, tomó después una taza de café bien cargado, y dijo a Jack:

—Velaremos por turno. Yo haré el primero y tú el otro. De madrugada reemprenderemos el camino.

El bandido, asintiendo, desdobló su manta, la tendió en la hierba y se dispuso a dormir.

CAPÍTULO II

Una sorpresa

LA noche en la montaña se manifestaba fría, y Jack, para paliar un tanto el crudo cierzo que se filtraba por la grieta, había dejado la hoguera encendida, y era alimentada de vez en vez por Zenker, que se sentía molesto y escalofriado.

El cruel secretario habíase entregado a hondas meditaciones. Realmente, en su ansia de venganza, sólo había planeado el rapto de Stella, sin contar con que la suerte le pondría también en las manos a su desdeñosa mujer, pero no se había preocupado de más, y ahora meditaba sobre el provecho que podría sacar de la doble captura.

En cuanto a Texas, no estaba dispuesto a negociar con él. Tenía que cobrarse las humillaciones y peligros sufridos, anularle moralmente con aquel golpe que le heriría más que un agudo estilete, irritarle hasta convertirle en una fiera sin control y aprovecharse de su falta de sangre fría para eliminarle.

En cuanto a Vera, la odiaba tanto como a Texas, pero la consideraba menos peligrosa para él. Ahora, sabiéndose fuera de la ley, sus actividades financieras habían muerto, sus ingresos, si tenía que seguir batallando a fuerza de dinero, se verían muy mermados, y su ambición reclamaba mucho más que lo que tenía y que lo que

al final pudiese quedarle libre.

Acaso, una vez desaparecido Texas, pudiese negociar con Spack la devolución de Vera a cambio de una fortísima suma que le pusiese a cubierto de contratiempos. El financiero poseía una fortuna colosal, y, entregado de nuevo a los negocios, podía acrecentarla. Media docena de millones de dólares no serían para él nada oneroso ni difícil de pagar, y si conseguía fijar el rescate de su hija en esa cantidad… se la entregaría, para después suprimirla del mundo cuando menos lo esperasen, pues su negro corazón jamás admitiría dejar de vengar el ultraje sufrido.

Esto no se lo diría a ella, la tendría con el alma en un hilo esperando la muerte más horrible de un momento a otro, y cuando llegase la ocasión sería la hora de negociar.

De momento, había decidido recluirlas en un lugar abrupto de las Montañas Rocosas, donde alguien estaría terminando de fabricar una sólida prisión de recios troncos de árbol para no sufrir una sorpresa y verse expuesto a una nueva fuga.

Hallábase sumido en estas hondas reflexiones, cuando, de súbito, sin darse cuenta de cómo había sucedido, vio surgir ante él varias figuras de rostro innoble, armadas de imponentes «Colt», al tiempo que una voz ruda y agresiva ordenaba:

—Ni un movimiento, amigo, o me veré obligado a saber antes de tiempo qué es lo que encierra usted debajo del pelo.

Zenker lanzó un bramido de furor, pero se apresuró a levantar las manos, y Jack, despertando medio atontado al oír la voz, se incorporó, pero ya tenía dos enormes revólveres apuntándole al pecho.

Bramando de furor, tuvo que resignarse a obedecer. Resultaba paradójico que un forajido acostumbrado a ser quien diese aquella orden, tuviese que recibirla de un desalmado como él.

El que parecía mandar el grupo se adelantó, y, al echar un vistazo alrededor, descubrió a las dos muchachas en tierra, maniatadas y trabadas como las reses.

Esto le produjo sorpresa, pero mucho más descubrir a Stella privada de conocimiento y aún envuelta en sus ajadas galas de desposada.

—¡Por las barbas de Satanás! —exclamó—. ¿Qué diablos es esto? ¿Acaso ha venido usted a celebrar aquí su luna de miel y se le

ha desmayado la novia de horror al contemplarle bien el rostro?

Zenker, rabioso, preguntó:

—¿Puedo saber quién diablos es usted y qué busca aquí?

—¡Oh! Es usted muy galante haciendo preguntas. Claro que puede usted saber quién soy; me llaman James Wolff, y parece ser que tienen razón, pues a ratos tengo algo de lobo; lo que busco aquí es a quien se ha permitido la libertad de invadir mis dominios sin previo aviso ni permiso, y ahora, señores, espero que me digan a su vez quiénes son y qué diablos hacen aquí, donde nadie les ha mandado venir.

Jack contemplaba al forajido con atención. Había oído hablar de aquel jefe de cuadrilla, uno de los salteadores más crueles de trenes y diligencias, pero no le conocía personalmente, por operar éste en una región lejos del campo de operaciones de Jack.

Zenker, por su parte, al conocer su identidad, se dijo que le iba a complicar un poco la vida retrasándole sus planes y sacándole un puñado de billetes, pero confiaba en que, a base de negociar sobre ello, no tardaría en dejarle libre.

Tratando de aparentar serenidad, replicó:

—Vamos de viaje hacia el Norte. Estábamos tan cansados, que hemos decidido pasar aquí la noche, e ignorábamos que éste fuese su feudo. De todas formas, puede usted estar tranquilo, que no nos interesa denunciarle.

Wolff rompió a reír groseramente, y replicó:

—Bueno; pero es que, aunque les interesase hacerlo, no iban ustedes a poder. Con que de viaje, ¿eh? ¿Y acostumbran ustedes a hacer viajar a las señoras así vestidas y atadas de pies y manos?

—Es un asunto personal mío, del que no tengo que dar cuentas.

—Bueno, me es igual. Al fin y al cabo, no las necesito… Yo haré con ustedes lo que tenga que hacer, y en paz.

Jack se adelantó unos pasos, con las manos en alto, y exclamó:

—Escuche, Wolff; tengo que hablar con usted.

—Hágalo. ¿Quién diablos se lo impide?

—Pues bien, escuche; no es decente que entre compañeros nos tratemos así. Yo he oído hablar mucho de usted y de su gente, y espero que usted haya oído hablar de mí. Me llamo Jack Linsey y tengo mi banda en el Este.

—¿Linsey? Por el infierno que no he oído su nombre hasta

ahora. Se ve que como pistolero tiene poca categoría aún.

Jack bramó. Aquello era un insulto que no podía consentir.

—Oiga, Wolff; allá en el Este tengo tanta categoría como usted. Este era un asunto que yo llevaba, y espero que lo comprenda así. De todas formas, el patrón es un hombre muy comprensivo y podemos llegar a un arreglo.

El bandido rió. Aquello ya le agradaba más, y, dirigiéndose a uno de sus hombres, exclamó:

—Peter, aligérales de peso, por si acaso. Tráete los revólveres, y luego podemos hablar sin tener que preocuparnos de la artillería.

Uno de los bandidos se adelantó, registrando a Zenker y Jack, a los que dejó desarmados.

Vera, con ojos fulgurantes, seguía toda la acción, y no sabía si alegrarse o sentir lo sucedido. Malo era caer en manos de un rufián como aquél, pero peor era continuar siendo prisionera de Zenker.

Éste, apoyando las palabras de Jack, dijo:

—Bien, podemos hablar un poco del asunto. Me gustaría dejar zanjado esto cuanto antes.

Wolff sonrió. No era hombre que admitiese imposiciones cuando era quien estaba en condiciones de mandar.

Se sentó junto a la hoguera e hizo señas a sus hombres para que quedasen vigilando. No se sabía de cuántos se componían la banda, pero al menos media docena bullían a la entrada de la fisura.

Encendiendo su pipa, preguntó:

—¿Quiere decirme qué significa todo esto?

—¿Es necesario para llegar a un arreglo? —preguntó Zenker.

—Seguramente. Quiero saber quiénes son estas mujeres y por qué las tiene ahí de esa manera.

—Se lo diré brevemente. Esa que está sentada es mi mujer; se ha portado conmigo villanamente, y la he apresado para ajustar cuentas con ella; la otra es prima suya, y esta mañana se ha casado con mi más mortal enemigo. Con habilidad conseguí apoderarme de las dos y largarme con ellas. Eso es todo.

—Asuntos de familia, ¿eh? Bien; y usted ¿quién diablos es?

—Mi persona es desconocida. Soy secretario del padre de mi mujer.

—Ya, y hombre que tiene posibles para contratar una banda que le ayude a satisfacer sus venganzas. ¿Qué es lo que me propone por

su libertad?

—Dígame lo que pide, si es una cosa razonable…

Vera, que estaba temiendo que lograse engañar al bandido, recobrando su libertad por unos cuantos billetes, gritó:

—Tenga cuidado con él, Wolff; le engañará, como a todos. Posee mucho dinero y tratará de comprar su libertad y la nuestra por una miseria.

Zenker lanzó una terrible maldición y trató de levantarse para aporrear a Vera, pero Wolff se lo impidió, amenazándole:

—No se mueva si le interesa seguir este trato. Gracias, señora; se lo tendré en cuenta a la hora de las negociaciones.

Zenker, rabioso, rugió:

—No le haga usted caso; es una impostora. Yo no poseo un gran capital. Soy simplemente un secretario; en cambio, ella sí que posee millones, pues es hija de uno de los financieros más acaudalados de Wáshington.

Wolff se frotó las manos de gusto al oírle. Allí había donde sacar un buen puñado de billetes, y no despreciaría tan bonita ocasión.

Irónico, preguntó:

—¿Y la linda esposa de ese que dice que es su enemigo también es millonaria?

Zenker, creyendo impresionarle, le contestó:

—Mire, Wolff; le voy a advertir noblemente una cosa. Trate conmigo en un plan discreto, y deje a las mujeres, porque… la cosa podría ser muy grave para usted. Esa mujer es hoy la mujer de uno de los hombres más temibles de toda América.

—¿Sí? ¿De quién?

—Del capitán Jim Texas. ¿Le conoce?

El bandido silbó con asombro. No podía desconocer a Texas, y sabía que su fama no era robada.

—¿Y se atreve usted a enfrentarse con él?

—Sí; hay algo especial entre los dos que no lo arregla el dinero. Es cuestión de vida o muerte.

Wolff, que era hombre sagaz, repuso:

—Bien, voy a estudiar el asunto. Usted se aviene a un trato, y yo debo pensarlo. ¿Qué ofrece por su libertad?

—Cincuenta mil dólares.

—¿Y por la de los demás?

—Cincuenta mil por todos, o nada.

—Bueno. Esta noche lo rumiaré. Peter, átame bien a estos señores y búscales un lugar donde duerman lo mejor posible. Quiero estar solo.

Despreciando las protestas de Zenker y Jack, que adivinaban que algo grave iba a suceder, fueron amarrados y sacados de su refugio para trasladarlos al cañón, donde les dejaron tirados sobre la reseca hierba con un vigilante a la vista.

Cuando Wolff se quedó solo en el claro, se acercó a Vera, cortando sus ligaduras, así como las de Stella, que seguía privada de conocimiento.

—¡Diablo! —Comentó con admiración—. ¡Sí que es linda la muchacha! Ese rufián de Texas tiene buen gusto.

Luego, encarándose con Vera, dijo:

—Me ha dado usted un informe muy valioso, y quiero agradecérselo. ¿Tiene usted algo que proponerme mejor que lo que me propone su cariñoso marido?

Ella, esperanzada de poder tratar con el bandido, dijo:

—Escúcheme. Voy a contarle a grandes rasgos lo que sucede, y después le voy a hacer una proposición.

Le contó lo más esencial de la pugna entre Zenker y Texas, así como su intervención y la de su padre, y después añadió:

—Mi marido no tiene más que una idea: deshacerse de mí y de mi prima para vengarse de Texas. No quiere dinero porque puede vivir sin él, aunque su idea era hacerme pasar por muerta para heredarme cuando hiciese desaparecer a mi padre. Yo le prometo solemnemente que, si nos entrega usted a los cuatro a Jim Texas, éste se meterá con usted para nada y le abonará doscientos cincuenta mil dólares en el acto.

Los ojos del bandido brillaron con codicia. Aquella cantidad era algo que no se podía ganar todos los días, y mucho menos sin exposición; pero, desconfiando, dijo:

—¿Quién me garantiza que todo sucederá así?

—Yo. Le doy a usted una carta para mi padre y para Texas, diciéndoles el trato que hemos hecho. Sé que los dos, de modo inmediato, le entregarán a usted la cantidad, y entonces usted puede acompañarles hasta aquí y hacer entrega de nosotros.

—Bien, ¿y si su marido ofrece mayor cantidad?

—Puede ofrecerla, la tiene, pero trataría de engañarles para hacerles alguna jugada que le evitase tener que entregar esa cantidad. No es igual tratar con un hombre leal como Texas, a tratar con un granuja como mi marido.

—Bien, me tomaré la noche para pensarlo. Todo esto es muy complicado.

Vera, señalando a Stella, dijo:

—¿Quiere facilitarme una manta para ella y un traje que, según mi marido, trae en una maleta, para cambiárselo por éste? Es un sarcasmo verla vestida así, y para ella un tormento cuando vuelva otra vez en sí.

El bandido hizo trasladar la maleta, junto a Vera y se apartó a un rincón del claro. Vera empezó a rebuscar en el adminículo, descubriendo un traje, pero también encontró debajo un pequeño revólver y un cuchillo.

Disimuladamente escondió ambas cosas en su pecho, y, tomando el traje, Se dispuso a cambiarlo por el que vestía su prima. Maniobró enérgicamente para ello y consiguió su propósito, no sin antes tener que desgarrar sus galas de desposada.

Poco después, la joven volvía en sí, y, al ver a su prima junto a ella, lanzó un sollozo, diciendo:

—¡Oh, Vera, qué tragedia más horrible! Hubiese preferido morirme antes de volver a esta vida de nuevo.

Ella se inclinó a su oído, diciendo:

—Calla; quizá la situación no esté tan mal como piensas. Han ocurrido cosas que ignoras.

Vera le dio cuenta de la sorpresa de la cuadrilla de Wolff y de la oferta que Zenker había hecho, así como la que ella había hecho en nombre de Texas y de su padre. Stella, esperanzada, exclamó:

—¡Es poco, Vera! Toda mi fortuna doy yo por mi libertad.

—¡Calla! No hables alto. Para subir, si es preciso, queda tiempo. Es fácil que Zenker trate de elevar la oferta, y entonces…

Stella murmuró:

—¡Qué asco! Tener que pujar el precio de la vida…

—De la vida y de la muerte, Stella. Él desea la nuestra, y nosotros debemos desear la de él. Yo también soy capaz de dar cuanto poseo, si con la libertad nuestra entregan a Zenker. Vida por vida, que pague con la suya.

—No se resignará, Vera. Tú le conoces bien. Apelará a todo para escurrirse de la soga, y… ¡tengo más miedo que nunca!

—Ya veremos. Yo también sé luchar, Stella. Todo lo que supe hacer para el mal, lo sabré hacer para el bien… No es ya sólo tu vida y tu felicidad la que juegan; es mi venganza, que tiene que ser tan fiera como fiera pretende él que sea la suya.

Discutieron en voz baja muchas facetas del caso, hasta que Vera exclamó, decidida:

—No nos esforcemos más, Stella. Durmamos un poco. Quizá nos aguarden jornadas muy duras, y tenemos que mostrar fortaleza para soportarlas…

Y la obligó a tumbarse sobre la manta, acostándose a su lado.

CAPÍTULO III

Zenker no se resigna a perder

LA cuadrilla de Wolff la componían diez hombres, ocho de los cuales quedaron junto a su jefe en el claro, uno quedó de vigilancia junto a los dos prisioneros fuera, en el cañón, y otro quedó destacado en las cresterías, más hacia atrás, con objeto de vigilar por si eran sorprendidos por la espalda.

Apenas había amanecido, cuando el bandido despertó, y, dando orden de encender fuego para preparar el desayuno, dijo a uno de sus secuaces:

—Ve en busca de los prisioneros, y dile a Jim que puede irse a dormir. Por ahora, no le necesito.

El rufián abandonó el claro y descendió por el cañón hacia el lugar donde su compañero se había quedado de guardia junto a Zenker y Jack. El bandido había escogido una especie de socavón en la roca, para estar más abrigado del frío, que por las noches se dejaba sentir cruelmente en las cortadas.

Pero poco después volvía presuroso dando feroces gritos de alarma:

—¡Wolff!… ¡Wolff!… ¡Los presos han desaparecido!… ¡Han asesinado a Jim!…

El bandido saltó de la piedra en que se había sentado como si

fuese de goma, y furiosamente echó a correr cañón abajo, hasta que, unos treinta metros más adelante, descubrió el cadáver de su secuaz tumbado boca abajo en la tierra, en medio de un enorme charco de sangre.

A su lado descubrió varias cuerdas destrozadas, y al recogerlas y examinarlas comprobó con rabia infinita que presentaban varios cortes, señal inequívoca de que fueron segadas con un cuchillo.

Dejando arder en sus ojos una luz siniestra, se volvió con las cuerdas en la mano, preguntando:

—¿Quién registró a estos tipos para quitarles las armas?

Todos volvieron sus ojos hacia un tipo alto y delgado, al parecer el más joven de la cuadrilla. Éste, tornándose pálido como un muerto, balbució:

—Yo les quité los revólveres como me ordenaste, Wolff.

—Yo te ordené aligerarles de peso, y si no entiendes lo que eso puede significar para la vida de todos nosotros, no sirves para salteador.

Nadie tuvo tiempo para darse cuenta de su rápida acción. Vibró un disparo, y el forajido cayó de espaldas, con el pecho atravesado por una certera bala.

Un silencio impresionante reinó en la cortada después de aquella hazaña. Todos eran hombres curtidos en las peleas y sabían jugarse la vida con desprecio cuando las circunstancias lo exigían, pero nadie se atrevía a hacer frente a aquel chacal, cuya ferocidad, ligereza de manos y certera puntería eran bien conocidas de ellos.

Wolff paseó su mirada indiferente por el grupo, y exclamó:

—Espero que esto sirva de lección a todos para otra vez. Si se hubiese tratado de más gente, a estas horas todos estaríamos como Jim.



Los bandidos comprendieron la razón de sus afirmaciones e inclinaron la cabeza. Wolff se acercó al rufián, y, contemplándole un momento, añadió:

—En cuanto a este idiota, se ha librado de la misma suerte porque ese par de tipos se me adelantaron. Cuando se queda uno a vigilar a alguien, lo menos que se puede hacer es cumplir la misión, y no dormirse confiado en que unas pobres cuerdas atan sus muñecas. Un hombre hábil y desesperado, con un cuchillo oculto, puede hacer esto y más, y ese par de sapos no son dos infelices caídos de una nube.

Echó un vistazo alrededor. El muerto había sido despojado del revólver y los proyectiles, señal de que los fugitivos se habían procurado el arma para defenderse hasta morir en caso de ser atacados.

Pero a Wolff esto no le asustaba. Un revólver para él tenía poca significación, y, encarándose con sus hombres, ordenó:

—Registrad todo el terreno palmo a palmo. Esos imbéciles han cometido una estupidez que les va a costar cara. Sin caballos para intentar la huida, no pueden andar muy lejos, y nosotros conocemos esto como la palma de nuestra mano.

Media docena de forajidos se dirigieron al lugar donde tenían escondidos sus caballos y se dispusieron a emprender la búsqueda. El terreno no se prestaba a una fuga muy fácil, pues los farallones altos, desnudos y repelentes cerraban casi todos los caminos, y parecía cosa fácil poder seguir una pista para encontrarles.

Pero cuando desembocaban del cañón a una especie de pequeño valle que se abría al final, uno de los que marchaba en cabeza lanzó un grito de aviso.

Entre un macizo de reseca verdura acababa de descubrir algo que le llamó la atención. Se trataba del calesín que Jack había camuflado antes de acampar en la fisura.

Al acercarse, varios gritos de rabia brotaron de sus gargantas. El vehículo estaba allí, pero los caballos habían desaparecido.

A todo galope volvieron grupas para dar cuenta a su jefe del descubrimiento, y éste, trasladándose al lugar donde se encontraba el carruaje, adivinó la verdad.

—¡Maldición! —rugió—. ¡Han huido en los caballos de ese diablo de carromato! Somos unos estúpidos al no haber pensado que no podían haber llegado a pie. Ya es inútil que os molestéis en perseguirles. Llevan una ventaja de varias horas, y seguramente habrán alcanzado la salida de este lado de la montaña. Tendremos que conformaros con las muchachas.

Malhumorado regresó al lugar donde habían quedado Vera y Stella. Ambas nerviosas, esperaban el regreso del bandido, pues adivinaban que algo grave había sucedido durante la noche.

Wolff, rabioso, exclamó, encarándose con Vera:

—Señora, el reptil de su marido ha conseguido fugarse con ese otro tipo que le acompañaba. Han matado a uno de mis hombres y han huido con los caballos del calesín. Ahora, tendré que conformarme con ustedes y tratar de lo que habíamos hablado ayer.

Vera respiró, aliviada hasta cierto punto. La fuga de Zenker podía preocuparle para el porvenir, pero de modo inmediato se veía libre de su influencia.

Ahora todo se circunscribía a un simple rescate, y, decidida a negociar con más ventaja, exclamó:

—Lo siento. Han dejado ustedes escapar a un reptil demasiado venenoso y, con él, un buen puñado de miles de dólares.

El bandido frunció el entrecejo, preguntando:

—¿Es que piensa usted volverse atrás de su proposición?

—No; pero yo lo hice a base de incluir a ese par de monstruos. Su libertad puede costarnos incluso la vida.

—¿Qué quiere decir? ¿Que rebaja la oferta?

—Justamente. Somos dos infelices mujeres que para nada les servimos, si no es para complicarles la vida… Ustedes necesitan libertad de movimientos, y nosotras se los estorbamos. Cien mil dólares es una bonita recompensa, creo yo.

El bandido, furioso, rugió:

—No es usted la que tiene que opinar, sino yo. Cien mil dólares tratándose de la hija y la esposa de dos millonarios, es una porquería que no admito. Exijo lo tratado, y, si no, no habrá libertad para ustedes.

—Bien; usted verá lo que hace. Hice una oferta y la mantengo. Traiga usted a mi marido.

—Eso quisiera yo. Le juro que entonces tendrían ustedes que pagar por él sin llevárselo…, al menos vivo.

—Tráigamelo muerto; pago igual por él.

—Le digo que ya no es posible. Decídase, pues no soy hombre de mucho aguante.

—No taso mi libertad en más. Sólo me interesaba por vengarme de él. Al fugarse, he perdido el interés.

—¿Si? Pues ya hablaremos de eso. Le doy doce horas para pensarlo mejor. Pasado ese tiempo, decidiré si me limito a llevarlas conmigo, o me resulta más cómodo arrojarlas por lo alto de un peñasco. Yo no admito regateos cuando estimo que las cosas tienen un precio justo.

Y con esta terrible amenaza, que hizo palidecer de pánico a Stella, se retiró del claro, dejando dos hombres vigilando la salida.

Cuando ambas jóvenes quedaron solas Stella suplicó:

—¡Por Dios, Vera! ¿Por qué no has accedido? Ese salvaje es capaz de cumplir su amenaza. ¿Qué representa para nosotras esa cantidad?

—Nada; no es por el dinero; es que quiero estimularle a ver si se decide a perseguir a Zenker. La diferencia de precio puede ser un estimulante. Si no lo hace o no logra alcanzarle, para ceder siempre habrá tiempo. Aparte esto, no hago más que pensar en Texas y Nino. No puedo creer que estén de brazos cruzados lamentando

nuestra pérdida. Los dos son hombres de acción, y es muy seguro que estén registrando los montes con todo el ahínco y la rabia que les domine. Si llegan a tiempo de rescatarnos, no habrá que estar pendiente de las reacciones de este bruto.

—Doce horas se pasan pronto.

—Sí, y en doce horas pueden suceder muchas cosas.

* * *

Mientras Wolff discutía con las dos mujeres el precio del rescate, el audaz Zenker, en compañía de su valioso auxiliar Jack, galopaban tan furiosamente como sus monturas se lo permitían por las fragosidades de la montaña, ganando la vertiente oeste que debía sacarles de aquel laberinto con dirección a la costa.

Habíanse visto obligados a tener que renunciar a su valioso botín después de la audacia y las fatigas sufridas para conquistarle, pero recobraban la libertad de movimientos y salvaban posiblemente su vida.

Todo se había desarrollado gracias a la energía y la práctica del viejo forajido. Éste, previsor, siempre llevaba algún agudo estilete oculto en lugares inverosímiles, y así, esta vez, en un hábil escondite fabricado entre el cuero y el forro de sus altas botas de montar, llevaba escondida la hoja de un fino cuchillo, que con gran esfuerzo y la ayuda de Zenker logró extraer, cortando sus ligaduras.

Luego, aprovechando un momento de desfallecimiento de su guardián, que quedó dormido con el revólver apoyado sobre sus rodillas, saltaron sobre él, apuñalándole sañudamente antes de darle tiempo a emitir un grito, y luego, buscando los caballos del calesín, que por fortuna no habían sido descubiertos aún por los bandidos —señal de que procedían del Sur— lograron, colocando en sus remos trozos de manta, alejarse sin que el ruido de los cascos les denunciasen.

Toda la noche, exponiéndose a sufrir un despiste o despeñarse por un terreno muy accidentado, caminaron alejándose del refugio de Wolff, y así, cuando el sol rompió entre un triunfo de nubes magenta, se hallaban descendiendo la vertiente y muy próximos a terreno llano.

Desde las cresterías de los montes distinguieron un

conglomerado de casitas bajas rodeadas de blancos tapiales, y Jack preguntó:

—¿Qué pueblo será ése? Si mereciese garantía, podríamos descansar en él.

Zenker, que conocía bien la región, contestó:

—Me parece que es Blocksburg… Sí, es el mismo, lo reconozco por el pico puntiagudo de su torre. Es un pueblo tranquilo, si sólo se moviesen en él sus vecinos, pero parece ser que sirve de trampolín a los marineros que desertan de los barcos de carga que llegan a la costa. Muchos, después de firmado su compromiso, no se encuentran a gusto a bordo y aprovechan la mejor coyuntura para escapar cruzando el Eel y alcanzando el monte Shasta, donde no hay forma de capturarlos. Unos cruzan la divisoria hasta el Este, y otros se quedan por las montañas dedicados al robo y el asalto. Una vez, en ese pueblo, me vi envuelto en una trifulca entre marineros desertores beodos y una cuadrilla de abigeos, y por muy poco no me quedo adornando su cementerio.

Jack, que le escuchaba atentamente, preguntó:

—¿Bajan también los bandidos de la montaña a él?

—No sé; es fácil que sí. A veces necesitan cosas que no se pueden encontrar entre la piedra.

—Me alegraría tropezar con algunos cuantos marineros descontentos de su oficio.

—¿Para qué?

—Quizá no tuviesen inconveniente en ganarse un puñado de dólares secundando nuestros planes. En dicho caso, podríamos organizar con ellos una pequeña banda y volver grupas para sorprender a Wolff, arrebatarle las muchachas y quitarle de en medio. Yo no me resigno a ser tratado como él nos ha tratado.

Zenker dejó brillar una luz siniestra en sus ojos.

—Tienes razón, Jack. Eso sería estupendo.

—Pues adelante, a ver si tenemos suerte.

Una senda tortuosa que reptaba hacia abajo por entre el conglomerado de dura piedra seguía directamente hasta muy cerca del poblado. En cuanto alcanzasen el llano, se encontrarían a menos de media milla de él.

Zenker, inquieto, volvió la cabeza.

—Estoy pensando que acaso nos persigan. No sería nada

agradable que así fuera antes de contar con fuerzas suficientes para hacerles cara.

—Pues aviva el trote. En caso desesperado, cruzaríamos el río, dirigiéndonos hacia la costa. Es seguro que ese cerdo no se aventurará en terreno llano, por si acaso.

Por fin, sobre las once de la mañana, dejaron atrás la montaña. El pueblo, envuelto en luz de sol, resultaba alegre y atrayente. Debía contar con unos trescientos vecinos, y, como muchos poblados de la costa californiana, conservaba un cierto típico sabor español en la gracia de sus construcciones.

Una polvorienta y ancha senda dividía el conglomerado de casas en dos parcelas. Poseía la estructura especial de las principales calles de todos los poblados, con sus porches para matar el sol y poder trabar los caballos, sus tarimas empotradas en el polvo para evitar en parte el barro, y sus pancartas flotando al aire, en las que se anunciaban los más salientes establecimientos.

Apenas hicieron avanzar por el comienzo de la calle sus cansadas cabalgaduras, Zenker afinó el oído e hizo un gesto expresivo. Hasta ellos llegaba el rumor característico de una gran trifulca que debía estar desarrollándose a no muchos metros de allí.

Se percibían voces roncas y destempladas de gargantas irritadas por el alcohol, maldiciones rotundas, insultos y bravatas, voces de desafío, invitaciones a la lucha y rumor de sordos golpes que debían ser producidos por el mobiliario al caer al suelo en la refriega.

Cuando apenas se hallaban a cuatro metros de un establecimiento de bebidas, se produjo un formidable chasquido, seguido de un estridente crujir de vidrios, y por el destrozado tablero de la puerta, que se encontraba cerrada, salió, convertida en un ovillo, una figura que se proyectó de cabeza hacia la pared fronteriza, y que, después de dar varios traspiés en el polvo tratando de adquirir el equilibrio perdido, terminó por sumergir la cabeza en una capa polvorienta de más de una cuarta.

El vapuleado individuo vestía un pantalón de sarga azul, una camiseta listada horizontalmente en rojo y azul, unas botas de agua de media caña y una especie de casquete de cuero que voló de su cabeza al salir.

A la legua denunciaba ser un marino de barco de carga. Tenía la ropa manchada de pez, alquitrán y grasa, y sus grandes manos no

brillaban por la limpieza.

Se sentó como pudo, sacudió su cabeza haciendo flamear la encrespada cabellera llena de polvo, escupió como un condenado, y, por fin, poniéndose en pie trabajosamente, llevó la mano a la cintura, de donde extrajo un agudo cuchillo, que esgrimió con fiereza.

Sin vacilar, avanzó de nuevo hacía la taberna, en la que un tipo que parecía irlandés por su alta estatura, su pelo ensortijado del color del azafrán, su tez rubia pero quemada por el sol, y por sus ojos azules pero duros como el cristal de roca, esperaba con los brazos cruzados, mostrando la envergadura de sus músculos. Vestía como su compañero, y, detrás de él, se adivinaba que quedaban algunos otros camaradas que ansiaban salir a la calzada a presenciar la pelea, pero que el gigante lo impedía llenando todo el vano de la puerta.

El vapuleado avanzó dos pasos, gruñendo, al tiempo que seguía escupiendo polvo.

—¡Saca tu cuchillo, O'Brien, sácalo, o tendré que vaciarte las tripas, y luego esos asquerosos dirán que he peleado con ventaja!

O'Brien sonrió, contestando:

—¡Adelante, Reylle; para deshacerte la boca a puñetazos no necesito cuchillo; pero ten presente que, si no posees alma para pelearte con los puños, te arrancaré el cuchillo y te lo clavaré en la garganta para que no vuelvas a presumir más!

Reylle, seguro de que con aquella terrible arma en la mano era invulnerable, avanzó aún más y se quedó contemplando a su enemigo con ojos brillantes llenos de odio. Luego, con un salto felino, cayó sobre él con el brazo en alto dispuesto a dejarlo caer sobre su pecho.

Lo que sucedió después fue visto y no visto. El poderoso brazo de O'Brien detuvo en el aire el trágico arco del brazo contrario, atenazándole como una garra; con presión nerviosa presionó hacia atrás el brazo, doblándolo, entre rugidos de impotencia del agresor, y poco a poco el temible cuchillo se hundió en la garganta de Reylle, quien emitió un rugido impresionante. Luego le soltó, y el cuerpo, desplomándose flácido y sin fuerzas, cayó junto a la tarima, donde quedó en un espasmo final de agonía.

Un silencio sepulcral siguió a la hazaña. Luego, O'Brien avanzó

fuera del vano de la puerta hasta situarse junto al caído, y con voz ronca gruñó:

—Te lo advertí, Reylle. Ya te dije en «El Áncora» que si un día me largaba y me seguías, me iba a cobrar todo lo que teníamos pendiente a bordo. Tú lo has querido.

Una docena de individuos, todos ellos altos, recios, musculosos, de rostros tostados por la brisa del mar, salieron a la calzada a contemplar al caído, y alguien advirtió:

—Bueno, O'Brien, ya está hecho; pero ¡diablo!, eso debiste dejarlo para cuando estuviésemos lejos de poblado. Si ahora el comisario del *sheriff* se entera antes de que nos larguemos y viene en tu busca…

—Que venga. He luchado sin armas y él con armas. Vosotros habéis sido testigos; si no se conforma…, que me enseñe el revólver, y acaso haga con él lo que he hecho con ese fanfarrón. Bill O'Brien tiene una hoja de servicios demasiado brillante para dejarla perder. En este momento por cien dólares…

La voz de Zenker, avanzando a lomos de su montura, preguntó:

—¿Qué sería usted capaz de hacer por cien dólares?

El ex marinero le miró con sorpresa, y replicó rudamente:

—Voltearle a usted, con caballo y todo, por encima de esta casa, si quiere que haga la prueba.

—¿Y por mil?

—¿Por mil? Comerme el caballo con cascos y todo.

—¿Tenéis todos el mismo apetito?

—Póngalo a prueba, si desea saberlo.

—Bien; creo que nos va a estorbar esa carroña. Quitadla de en medio y entrad; tengo mucho gusto en convidaros a todos.

O'Brien dio orden a dos compañeros para que tomasen el cadáver y se lo llevasen a un lugar apartado, y poco después se encontraban reunidos todos, en el interior de la taberna, apurando con ansia varias botellas de *whisky*.

Zenker les dejó que se saturasen de alcohol. Comprendía que era su vicio fuerte y que estaban ansiosos de beber tras muchos días de abstinencia. Cuanto más tragasen, más fácilmente le resultaría poderlos manejar.

Los ex marinos, todos hombres curtidos, de unos treinta años término medio, eran fuertes, rudos, vigorosos y alborotadores. Se

adivinaba que la disciplina férrea de los barcos no se avenía con su temperamento salvaje y voluntarioso y este motivo les había impulsado a incumplir sus compromisos, abandonando el barco, aunque no ignoraban que el caso podía llevarles de nuevo a bordo bien amarrados, a cumplir sanción en una sentina, pues las autoridades les apresarían a requerimiento de los capitanes de los navíos abandonados.

Pero ellos no pensaban en esta contingencia. Estaban decididos a recobrar su libertad a toda costa, y la defenderían como fuese, pues se les adivinaba hombres peligrosos acostumbrados a la pelea.

Cuando se apuraron varias botellas, Zenker dio orden de que se reunieran en torno a él para hablarles, y ellos obedecieron con curiosidad.

CAPÍTULO IV

TEXAS SIGUE UNA PISTA

EL astuto secretario se dirigió a O'Brien:

—Muchacho, necesito una cantidad de hombres aproximada a la que formáis vosotros. Se trata de un asunto en el que no os oculto que habrá cierto peligro, pero pagaré bien el riesgo.

—Bueno; en el mundo todo es cuestión de precio. Díganos de qué se trata.

—Cuando cruzaba el monte para venir aquí en un calesín, en compañía de mi esposa y de una prima suya, nos ha sorprendido una partida de salteadores que tienen su guarida en la montaña, y nos han cogido prisioneros, exigiendo un rescate fantástico que no podemos pagar. Mi compañero y yo conseguimos fugarnos cortando las cuerdas y matando al vigilante, pero las pobres mujeres han quedado en poder de la cuadrilla de Wolff, que así se llama el bandido. Son ocho en total, pero al parecer duros, y necesito hombres tan duros que me ayuden a volver y rescatar a las mujeres. Vosotros parecéis hombres valientes y sois más que ellos, aparte de que contáis con nuestra ayuda. Si os decidís a acompañarnos para darles la batalla y rescatar a las mujeres, estoy dispuesto a pagaros el riesgo. Decidid.

O'Brien miró un momento a sus compañeros, en cuyos ojos leyó

su asentimiento, y, adelantándose, dijo:

Si es cuestión de valentía, no admito que esos tipos nos puedan dar lecciones. Pero, ellos tendrán caballos y «Colt», y nosotros sólo tenemos cuchillos y estamos desmontados.

Zenker le atajó, diciendo:

—Lo de las monturas no es fácil de resolver, pero creo que no harán mucha falta. No están lejos, el terreno no se presta a emplear los caballos, y lo que se trata es de sorprenderles y acabar con ellos. De armas, no hay por qué preocuparse; en el almacén del poblado encontraremos las precisas, así como proyectiles. Las compraré, y os prometo para vosotros todo el botín, caballos, armas y dinero que posean; aparte esto, fijad un precio al riesgo, y, si es razonable, lo aumentaremos sobre todo eso.

O'Brien hizo un cálculo mental, mientras sus compañeros le miraban ansiosamente. Por fin, contestó:

—Déjeme que consulte con mis compañeros.

Zenker asintió, y el ex marino se los llevó al rincón opuesto, donde habló por lo bajo con ellos durante cinco minutos. Luego regresó de nuevo a la mesa.

—Bien —dijo—; todos están dispuestos a intentar la cosa, y para los doce pedimos diez mil dólares.

—Es mucho, O'Brien.

—Tenga en cuenta que necesitamos equiparnos, adquirir menaje y caballos, y cruzar al otro lado de la divisoria antes de que nos rastreen y nos vuelvan al barco a tenernos dos meses amarrados en la bodega.

—Lo comprendo; pero vais a conseguir caballos; yo os facilito las armas; a lo mejor esos bandoleros tienen dinero encima y menaje; todo va a ser para vosotros… Pensad que sin esta propuesta os veríais expuestos a ser apresados, sin medios para huir.

—Bueno; todo eso varía un poco el asunto, es cierto, pero queda el riesgo personal. Nuestras vidas tienen un precio.

—Que pagaré de manera razonable.

—¿Cuánto ofrece usted?

—Generosamente, cinco mil para todos, pero bien entendido que a base de poner el corazón en la pelea y triunfar. Si todo sale muy bien y recupero a las muchachas vivas, añadiré mil más.

—Pues hecho. Estamos a su disposición.

—En ese caso, Jack, acompaña a este buen mozo a los almacenes, y equípales de buenos «Colt» y proyectiles. Al tiempo, por si se prolonga la persecución, adquiere menaje y víveres para unos cuantos días. Hemos de emprender el regreso rápidamente.

Entregó un puñado de billetes a Jack, quien abandonó la taberna en compañía de O'Brien, mientras Zenker, acodado sobre la mesa, realizaba cálculos mentales sobre las posibilidades que podía tener para sorprender a Wolff y arrebatarle su presa.

Temía que el bandido hubiese propuesto alguna fórmula de transacción a Vera, y estaba seguro de que ésta, para obtener su libertad, la aceptaría gustosa.

Una hora más tarde, Jack y O'Brien regresaban con un arsenal completo. Doce magníficos «Colt» y doce saquetes de proyectiles formaban el armamento. En cuanto a los víveres, los habían dejado apartados en dos sacos, para recogerlos poco después a lomos de un caballo.

Zenker despachó a dos ex marinos para que se hiciesen cargo de ello, y, después de brindar por el éxito de la empresa, abandonaron el poblado y animosos se dirigieron de nuevo hacia la montaña, luciendo orgullosamente al cinto sus magníficas armas.

* * *

Mientras en la montaña se desarrollaban estos interesantes sucesos, en los que se estaba jugando como en una lotería con la vida y la libertad de las dos prisioneras, no muy lejos de allí se desarrollaban también acontecimientos que podían influir en la dramática partida.

Cuando Texas y Nino, desesperados y dolidos del fracaso de la persecución de los pistoleros que habían pagado con su vida su intervención en el rapto, llegaron al poblado, la más viva consternación reinaba entre los invitados a la trágica boda.

Todos, convencidos de que Texas seguía la buena pista para rescatar a la muchacha, habíanse quedado en la glorieta frente a la iglesia, esperando llenos de ansiedad su regreso, pero al verlos retornar cubiertos de polvo y de sudor, fracasados en su intento, la consternación subió de grado.

Spack parecía un cadáver por la palidez que cubría su rostro, y

Daphne, toda llorosa, no acertaba a disimular su dolor.

La joven se acercó a Texas, que parecía una máscara de granito por la dureza de su rostro, y preguntó, entre hipos de angustia:

—¿Qué ha sucedido, Jim? ¿Cómo se les han escapado?

—¡Oh! Ha sido una trampa muy bien preparada. Zenker es un artista macabro desarrollando planes. Fríamente ha jugado con la vida de ocho hombres para lanzarnos sobre una pista falsa y contar con más tiempo para su huida. No fue por allí por donde se ha llevado a Stella y a Vera.

—¿Y ahora, Texas? —preguntó el millonario, aterrado.

—¿Ahora? Registraré la montaña hasta en sus últimos rincones para encontrarles. Si la han abandonado, seguiré su pista como sea y por donde sea, aunque tenga que atravesar el mar a nado, pero no regresaré sin ellas, muertas o vivas.

—¡Por Dios, no piense en eso!… ¡Muertas! ¡Sería horrible!…

—Lo sería, pero ¿qué puedo esperar de ese reptil? ¿Por qué creen que las ha raptado? No ha sido para un rescate, no lo necesita. Tiene que vengar mucho en Vera y herirme a mí donde más sangre me haga, eliminando a Stella; pero por todas las llamas del infierno juro que le cazaré, y ese día… tendré que inventar algún suplicio adecuado para hacerle pagar todos sus crímenes.

Se encaró con Nino, diciendo:

—Prepara menaje suficiente para unos cuantos días de ausencia. Mientras, voy a buscar algún rastro que me permita encontrar la verdadera pista; me quedaré con este magnífico caballo que compraré a su dueño, o se lo cambiaré por otro de los nuestros, a su elección.

Mientras Nino se ocupaba de lo encargado, Texas pidió al ranchero propietario del caballo que se lo vendiese. El ranchero le dijo:

—Lléveselo y reviéntelo si es preciso. Sacrifico su vida, gustoso si sirve para algo.

—Gracias; de todas formas, en mi hacienda hay caballos magníficos, entre los que puede elegir el que más le guste.

—Quisiera tener aquí uno para poder acompañarle.

Varios peones, al enterarse del proyecto de Texas, se esparcieron por el terreno, tratando de localizar algún rastro. Todos eran hombres expertos en el rastreo y confiaban en descubrir alguna

huella.

Fué una búsqueda angustiosa y estéril. El terreno, duro y repelente, no ofrecía posibilidades a sus deseos, pero alguien conocedor de aquellos lugares se acercó a Jim, diciendo:

—Aunque no se encuentren huellas, no hay muchos caminos a elegir. El terreno es muy árido y cerrado, y los senderos para conducir un calesín, escasísimos. Más adelante quizá se pueda encontrar algún indicio de su paso. Si me acepta, me uniré a ustedes y les guiaré lo mejor posible.

—Gracias; no tengo inconveniente ninguno.

Todos se brindaron a unirse a la expedición, pero Texas, entendiendo que con menos gente se podía caminar mejor y más libremente, rechazó agradecido los ofrecimientos y eligió a seis de sus peones, que, unidos al guía y a Nino, constituían un núcleo bastante temible.

Texas ignoraba la cantidad de gente que podía secundar a Zenker, pero suponía que sería poca, para poder huir con más soltura.

Nino regresó poco después, con un par de sacos cargados de víveres, proyectiles para los revólveres, un pequeño bidón con petróleo, fósforos y algunas cosas más, y, atravesándolos sobre los caballos, dijo:

—Bueno va, manito; creo yo que podemos partir o así.

Texas se volvió a Spack y Daphne, diciendo:

—Vuélvanse al rancho, hagan el favor, y confíen en mí. Mi capataz se cuidará de todo, y cuando pueda mandar alguna noticia, la mandaré.

—¡Mátele como a un sapo, Texas! —Clamó el financiero—. Mátele y pídame después la vida.

—Procuraré hacerlo, señor Spack.

La joven, por su parte sollozó:

—Pediré a Dios que les proteja, como es de justicia.

Los nueve montaron a caballo, y, en medio de un silencio angustioso, se despidieron con un gesto de la muchedumbre, e, internándose por las cortadas, desaparecieron entre la feraz maleza.

El guía eligió el sendero más ancho y que más se podía prestar al paso de un carruaje. Era una mella en el esquisto que se retorcía entre paredes llenas de erosiones y se iban adentrando por un

terreno que cada vez se elevaba más.

Texas, sumido en miles de encontrados pensamientos, seguía como un autómata al peón. No tenía una idea fija del lugar, y prefería confiarse al conocimiento de quien estaba más impuesto en aquel árido paisaje.

Cuando la senda se veía cortada por otras que partían de ella, el guía se apeaba del caballo, las estudiaba, y a veces consultaba con Jim. Éste discutía con él la posibilidad de una y de otra, hacía preguntas relacionadas con el lugar dónde podían conducirle unas y otras, y, por fin de acuerdo, elegían una.

El peón terminó por decir:

—Si yo estuviese en el pellejo de esos sapos, el camino a elegir sería el que conduce al poblado de Blocksburg. Desde allí, en caso apurado, se puede cruzar el río e incluso salir a la costa.

—Pero con dos mujeres… es peligroso.

—Sí; pero ¿tendrá interés en llegar allí con ellas?

Texas palideció al oír la pregunta. Zenker podía abrigar el propósito de deshacerse de ellas en la montaña, y luego tomar aquella ruta para burlar lo mejor posible la persecución, pues debía suponer que él no se quedaría de brazos cruzados, aunque le hiciese perder algunas horas persiguiendo falsamente a sus cómplices.

Tomando una decisión, ordenó:

—Siga el camino más recto para llegar a ese poblado. Creo que está usted en lo cierto.

El peón no se detuvo más a estudiar nuevos caminos. Eligió el que conducía más directamente al otro lado de la montaña, y, ascendiendo continuamente por trochas y riscos repelentes, fueron ganando el corazón de aquel coloso de piedra.

Al llegar la noche, se vieron obligados a acampar. Los caballos estaban rendidos, y la poca luz de las estrellas hacía muy peligroso el camino que discurría a veces por cortinas y salientes, bordeando abismos en los que podían despeñarse muy fácilmente.

Texas pasó una noche infernal sin poder conciliar el sueño. Entre las preocupaciones y el agudo cierzo que le hería las carnes, permaneció despierto.

Apenas clareó el día, dio orden de continuar. Nino, callado y grave, no se había atrevido a dirigirle la palabra.

Sabía que en momentos como aquellos debía dejársele solo, y se

dedicó a preparar un ligero desayuno, del que todos participaron sombríamente.

Jim se limitó a beber dos potes de café para ahuyentar el sueño, y poco después reemprendían la marcha.

Casi mediada la mañana, el guía se detuvo. Acababa de descubrir rastros de caballos, y llamó la atención sobre ellos.

Los estudiaron. Se trataba de huellas bastante recientes y correspondían a varias monturas.

—¿Llevará protección ese bandido? —murmuró—. De todas suertes, no me importa. Conviene que alguien salga, por delante de descubierta, y yo voy a ver si desde los picachos cercanos se descubre algo.

Escaló un agreste pico y registró el paisaje con sus agudos ojos, pero nada de lo que alcanzó a ver entre aquel caos de piedra le denunció algo anormal.

El peón destacado tampoco descubrió nada, pero, aprovechando los momentos propicios en que la hierba reseca se las mostraba, seguían las huellas de los caballos con ansia infinita.

Durante media hora continuaron adelante, hasta que, al adentrarse y descender por un pino cañón, el guía que caminaba en vanguardia lanzó un grito de aviso y todos llevaron las manos a los revólveres.

Jim se adelantó impetuoso, y el guía le mostró un cuerpo caído en la dura piedra. Tenía un balazo en el pecho y estaba muerto.

Texas le examinó con curiosidad. Estaba frío, pero no tanto que hiciese creer que su muerte se había producido lejanamente.

—Tiene una pinta de forajido que no puede desmentirla —afirmó—, y su muerte debe datar de esta mañana. ¿Quién diablos será y por qué le habrán matado?

—Acaso haya cometido algún acto que no gustase a ese tipo. Esta gente jamás es leal a nadie.

Alguien se adelantó por el tortuoso encajonamiento que giraba bruscamente a la izquierda, y en aquel momento se oyeron varios graznidos de ira y media docena de pajarracos se elevaron al aire trazando círculos. A Texas le bastó descubrirlos para adivinar que los descubrimientos macabros no se habían terminado.

—Por aquí debe haber más cadáveres —afirmó—. Cuidado, que parece esto un campo de batalla.

Se adelantó con el revólver empuñado, hasta descubrir al bandido que Zenker y Jack habían despachado. Éste presentaba herida de arma blanca, y cerca de él se hallaban las cuerdas cortadas que Wolff descubriera.

Examinó el cadáver y las cuerdas y dijo:

—No lo entiendo; parece como si alguien hubiese sido capturado y lograse fugarse cortando sus ligaduras y matando a su guardián. Daría media vida por tener una explicación clara de lo que ha sucedido.

Dio orden de registrar los alrededores, y, debido a la pisoteada hierba que por allí crecía, no tardaron en descubrir la fisura por donde Zenker se había filtrado buscando un lugar de descanso.

Allí Texas sufrió una de las emociones más terribles de su vida. Sucio, rasgado y tirado en un rincón, aparecía el vistoso traje de novia de Stella.

Lo tomó temblando de angustia y lo besó con lágrimas de agonía. Luego se lo entregó a Nino, diciendo:

—Toma, guárdalo como una reliquia. Esto nos dice algo, aunque no nos sirve de nada.

El mejicano, bramando de ira, gruñó:

—¡Te juro, maldita sea Sonora, que éste le recompongo yo con la piel de alguien, como me llamo Nino!

Lo guardó en el saco, mientras Texas requisaba el pequeño escondite. Descubrió la hoguera apagada y fría y las huellas de los bandidos, pero no acertaba a solucionar sus dudas.

Creía que Zenker viajaba con escolta y que algo se había producido entre ellos que había causado la muerte de aquel par de tipos.

Esperanzado, dio la orden de continuar, y más abajo sufrió una nueva sorpresa. El calesín apareció a su vista medio oculto aún entre la maleza, pero los caballos habían desaparecido.

—No me lo explico —clamó con desesperación—. Aquí ha sucedido algo imprevisto que les ha obligado a abandonar el calesín y a seguir con los caballos.

—¿Les habrán atacado? —insinuó Nino.

El guía exclamó:

—Pues… acaso pudiera ser. Dicen que merodea por la región un rufián llamado «El Lobo», que se supone tenga aquí su guarida.

Podían haber caído en sus manos.

—Lo preferiría —aseguró Texas—. Por cruel que sea, será mejor para ellas que Zenker. Si así fuera, soy capaz de dar media fortuna mía a ese tipo si me entrega vivos a los tres.

Continuó el registro, que les hizo perder algún tiempo; pero, al fin, no descubriendo nada más de particular, decidieron continuar adelante.

Seguían un camino pino y estrecho cortado por innumerables fisuras que registraban someramente por si acaso, y al llegar a lo alto de un sendero, éste empezó a descender con brusquedad.

El guía dijo:

—Hemos llegado a lo más alto. Ahora bajamos camino del poblado. Aún está algo largo.

Habían avanzado una media milla, cuando Texas, que seguía junto al guía, se envaró. Acababa de herir su fino oído el estampido de algunas armas de fuego.

—¡Por el infierno! —gritó—. ¡Por ahí abajo hay pelea!

—Sí —dijo el guía—; son estampidos de revólveres.

—¡Vamos, señores! —suplicó Jim, nervioso—. Quizá suceda entre la gente que buscamos. Sería una dicha enorme contribuir a terminar con todos ellos.

Obligaron a las monturas a deslizarse todo lo rápidamente que les era posible, pues el camino era infame, hasta que se vieron obligados a bordear un enorme macizo de piedra que sólo ofrecía una estrecha cornisa para avanzar.

A la salida, alcanzaron unos senderos de cabras, y debajo vibraban con más intensidad las detonaciones que denunciaban la presencia de un buen número de gente.

—Ahora es cuando creo que han sido atacados y se defienden —insinuó Jim—; quizá sea la banda de ese llamado Wolff.

Dio órdenes para que se diseminasen desmontando y trepando a posiciones elevadas que les permitiesen alcanzar el campo de lucha e intervenir en él, y, seguido de Nino, ganó por su cuenta un gran picacho, desde el que esperaba dominar una buena extensión de terreno.

Sus esperanzas no se vieron fallidas; a causa de la altura del montículo y de estar en plano descendente el panorama que se detallaba hacia el Oeste, le fue posible hacerse una idea aproximada

del teatro de la lucha y de los elementos que tomaban parte en ella.

Aprovechando los accidentes del terreno, cada combatiente había buscado protección tras ellos y disparaba intentando cazar al contrario, y la lucha se circunscribía a un perímetro de unos cien metros en redondo.

Se captaban las volutas de humo de los «Colt» señalando la posición de cada combatiente, pero éstos, a causa de hallarse en un mismo plano, no podían dominar este panorama.

Texas trataba de descubrir a los luchadores. Le interesaba saber dónde peleaba cada bando y cuántos hombres poseían, para, estudiado esto, saber cómo y dónde atacaba con éxito.

Le interesaba, en primer término, caer sobre la facción de Zenker, para evitar su posible huida. Después, tendría tiempo de atacar a los forajidos, pero antes tenía que asegurarse de que Stella y Vera no pudiesen ser arrastradas de allí, en el caso de estar sometidas a ambos fuegos, o que el cruel secretario, al verse perdido, tomase final venganza sobre las dos jóvenes, antes que verlas a salvo en manos de su enemigo.

Pero no le dio tiempo al estudió y a guardar el incógnito de su presencia. Uno de los peones, al ver asomar la cabeza de un bandido por un peñasco, disparó, y el disparo advirtió a ambos bandos la presencia de un nuevo peligro.

CAPÍTULO V

Así paga el diablo…

WOLFF se había separado rabioso de Vera. Adivinaba que poseía un carácter enérgico y voluntarioso, y adivinaba también que iba a tener que forcejear mucho con ella para arrancarle la cantidad que él estimaba suficiente para abandonar aquel territorio y bajar al Sur para cruzar a Méjico para siempre.

California se le estaba quedando estrecha para actuar y defenderse, y necesitaba dinero a toda costa para abandonarla. Sólo aquella ocasión podía brindárselo, y no estaba dispuesto a desaprovecharla.

Después de pensarlo un buen rato y de meditar sobre su situación, llamó a uno de los forajidos, diciéndole:

—Paúl, vamos a levantar el campo de aquí y subir a la explanada de las águilas. Pudiera ocurrir que ese par de tipos que se nos han escapado nos denuncien y hagan que nos persigan, y esto está muy descubierto. Por otra parte, necesito impresionar a esa joven arrogante. Espero que cuando le enseñe la torrentera de la sima y la amenace con arrojarlas al fondo, se decida a aceptar mi petición.

—Bien; creo que es mejor aquel lugar para todos.

Llamó a los bandidos y les dio orden de montar a caballo y

recoger todo su menaje. Los muertos podían quedar allí, pues no tenía tiempo que perder enterrándoles.

La cuadrilla se agrupó y se puso en marcha, ascendiendo a su derecho por unas trochas angostas cubiertas de espesa vegetación. Stella y Vera habían sido montadas sobre los dos caballos de los forajidos muertos, y dos bandidos las vigilaban atentamente.

La subida era áspera, y tardaron más de dos horas, dando muchos rodeos, en alcanzar un descampado rodeado de enormes peñascales, que parecían desprendidos desde lo alto de la montaña por un horrible, cataclismo. Formaban un laberinto de altos mojones de piedra, como los peones de un juego de ajedrez.

De lejos se captaba el rumor sordo de una catarata volcándose bravía en un fondo impresionante, y Vera captó el rumor, un poco nerviosa.

Por fin acamparon, haciéndolas descender de los caballos y señalándolas como refugio del fuerte sol un sombrajo de hierba sobre unas ramas de árbol.

Wolff se quedó mirando a Vera al descubrir que escuchaba con atención el sordo rumor de la catarata, y exclamó:

—¿Le gusta la música? Tiene veinte metros de profundidad y se pierde donde nadie se atrevió a bajar nunca. Es un bonito salto para quien se muestra rebelde a mis órdenes. Le puedo asegurar que he visto a dos saltar en el vacío por no tener dentro de la cabeza nada más que piedras como estas.

Vera no contestó, pero sintió un hondo estremecimiento. Adivinaba el significado de sus frases, pero estaba dispuesta a consumir el plazo otorgado antes de ceder. Algo le decía al corazón que con el tiempo transcurrido Texas debía haber intentado un registro en el monte, y confiaba en él ciegamente.

Los bandidos, sin nada mejor que hacer hasta recibir órdenes de su jefe, se diseminaron a la sombra de los peñascales, encendiendo sus pipas o medio durmiéndose a la caricia del acariciante aire que soplaba.

Wolff se apartó de las dos prisioneras y, encendiendo también su pipa, se entregó a una honda reflexión. Estaba convencido de que Vera accedería a su propuesta, y estaba trazando planes para conseguir el canjeo sin peligro y pensando en lo que un día, no tardando mucho, haría al otro lado de la divisoria con un caudal

que nunca había soñado poseer.

Se entregaba a estas meditaciones, cuando súbitamente, desde unas alturas que dominaban aquel pequeño llano, vibraron varias detonaciones siniestras. Dos de sus hombres, alcanzados por los proyectiles, quedaron pegados a las piedras, sin tiempo a poder llevar las manos a las armas, y el resto, sintiendo silbar las balas a su alrededor, consiguieron parapetarse detrás de los peñascales junto a los que se hallaban recostados.

Wolff, al que le había rozado un hombro uno de los proyectiles, saltó como un muelle, empuñando el arma y disparó certeramente sobre una rubia cabeza que asomó osadamente por el borde de la crestería. Su magnífico pulso y golpe de vista le facilitaron el blanco, y el enemigo alcanzado se escurrió, dejando asomar medio cuerpo colgando por el parapeto.

Wolff lanzó una exclamación de asombro al comprobar que su atacante vestía una camiseta listada que le denunciaba a la legua, y, barboteando maldiciones, rugió:

—¡Marineros desertores! ¡Aprendices de pistoleros!… ¡Adelante, muchachos; son peces de agua dulce!… ¡Barredlos como paja arrastrada por el viento!…

Y, dando el ejemplo, abandonó la explanada y, deslizándose por las fisuras que formaban los peñascales, avanzó, buscando la manera de asaltar por la espalda el montículo que servía de parapeto a los secuaces de Zenker.

Éste, dándose cuenta de la maniobra, y observando que Vera y Stella habían quedado desamparadas, rugió:

—Jack, haz que tus hombres les alejen de ahí. Voy a saltar para apoderarme de ellas otra vez.

Jack dio una orden, y los marinos, deslizándose por la rampa, se alejaron un buen puñado de metros, atrayendo a Wolff hacia allí, mientras Zenker, osadamente, exponiéndose a romperse una pierna, saltaba al claro y corría con el revólver empuñado hacia el lugar donde Vera y Stella se habían refugiado huyendo de los tiros.

Cuando Vera se dio cuenta del peligro y llevó la mano al pecho para sacar el revólver, ya era tarde.

Zenker, con los ojos desorbitados, se arrojó sobre ella, y brutalmente, conociendo su ímpetu, le aplicó un golpe en la cabeza con la culata del arma, haciéndola perder el sentido.

Stella lanzó un gritó de terror, pero el secretario, rabioso, ordenó:

—¡Cállese y obedezca, o le clavaré las cinco balas de mi revólver en la boca!

La muchacha, aterrada, enmudeció, y Zenker, quitándose el pañuelo que llevaba al cuello, le ató las manos a la espalda, siempre lanzando amenazas de muerte.

Mientras Wolff, seguro de deshacerse pronto de los bandidos marineros, hizo avanzar a sus hombres, pero Jack, que no le perdonaba la humillación que le había hecho sufrir, apenas le descubrió, disparó sobre él antes de que el forajido tuviese tiempo de darse cuenta del peligro.

Wolff rodó por la pendiente como una pelota, alcanzado mortalmente en el pecho, y su caída provocó un momento de confusión en sus hombres, que no sabían qué hacer; pero en aquel instante, desde un sitio contrario a la lucha, brotó un disparo, y un forajido cayó de bruces, atravesado por la espalda.



Los dos bandos, sorprendidos, perdieron la cabeza. La situación era trágica, porque ahora nadie sabía con quién peleaba ni por qué, y rabiosos, viéndose todos entre dos fuegos, se parapetaron lo mejor que les fue posible y abrieron fuego contra todo bulto que se ponía a tiro, sin fijarse si se trataba de amigos o enemigos.

Jack, al darse cuenta de aquel nuevo peligro, retrocedió arrastrándose por la piedra, hasta alcanzar la crestería, y, al asomarse, descubrió a su jefe maniatando a Stella, mientras Vera yacía en tierra.

El bandido saltó asustando, y gritó:

—¡Pronto, jefe, estamos copados! Alguien ha intervenido en la lucha, y sospecho que sea ese cerdo de Texas… Ese lado de los peñascos es un infierno, donde cada uno dispara cómo puede y contra quien puede.

Zenker lanzó un rugido de desesperación. Cuando se creía triunfante, de nuevo el fantasma de la muerte se erguía ante él y tenía que escapar de aquella ratonera como fuese.

Giró sus turbios ojos alrededor descubriendo el caballo de Wolf en un extremo de la explanada. Como loco se lanzó sobre él, rugiendo:

—¡Pronto, Jack, ayúdame a cargar a las muchachas en él!

El bandido buscó alrededor sin encontrar más caballos, y temiendo quedarse allí para ser víctima de sus terribles perseguidores, gritó:

—¡Cuidado! O nos salvamos los dos o caemos los dos. Si huye usted en el caballo, ¿qué hago yo?

—Búscate uno, sígueme como puedas hasta el poblado. Te daré cinco mil dólares más.

—No me servirían más que para flores que adornasen mi tumba. Deje a las muchachas y salvémonos los dos.

—No; las necesito.

Zenker dudó Una fracción de segundo. Se daba cuenta de la razón del bandido y adivinaba que no le dejaría salir de allí sin él.

Rabioso rugió:

—Está bien. Saquemos al menos a mi mujer… Es decir, ni eso; ayúdame, Voy a arrojarla a esa torrentera y nos largamos. No quiero dejarla viva detrás de mí.

Jack, temiendo que la batalla se decidiese por sus perseguidores y éstos consiguiesen llegar al claro, se inclinó para tomar el caído cuerpo de Vera, en el momento en que Stella, que había oído la brutal orden, se desmayaba lanzando un estridente grito de agonía.

Pero en el instante en que Jack perdía de vista a Zenker, éste, rápido como una centella, sacó el revólver del bolsillo y disparó

sobre el bandido por la espalda, haciéndole caer de bruces sin tiempo a la defensa.

Rugiendo como un loco, tomó el cuerpo de Vera y lo atravesó sobre el caballo; hizo lo propio con el de Stella, y montando a la grupa como mejor le fue posible, pinchó en las ancas al poderoso animal, obligándole a emprender el trote por una grieta que se abría al fondo de la explanada, al otro lado del lugar donde se seguía peleando.

Apenas había desaparecido de allí, Jack, cuya herida no era mortal, se incorporó trabajosamente y se puso en pie con los ojos desorbitados por la rabia y la traición, tratando de seguir sus huellas. Sus valiosos e innumerables servicios habían sido recompensados villanamente por el hombre a quien había servido con lealtad y se dejaría abrasar en el infierno solamente por tomar cumplida venganza de él.

Avanzó trabajosamente, bordeando la explanada. Un ruido sordo le atraía; era la caída del agua en la torrentera, y, vacilante, se acercó al reborde, echando un vistazo a la cascada.

Wolf había exagerado un poco la importancia de ésta. Cierto que era un caudal de agua ancho y de un rumor impresionante, pero a pleno sol, se la veía romperse en espuma sobre un cauce ancho y perderse en revueltas por entre paredes de roca.

Un vahído que no pudo dominar le acometió al asomarse y, sintiéndose atraer por el abismo, no pudo conservar el equilibrio y cayó de cabeza a la cascada, en el momento en que sentía a su espalda gritos iracundos y varias figuras armadas de revólver penetraban en el claro, disparando sobre él.

Los proyectiles llegaron tarde. Antes de clavarse en su cuerpo, ya había caído envuelto entre rugiente espuma y arrastrado por la atracción del agua, desaparecía rápidamente entre la corriente.

La pelea había durado un cuarto de hora escasamente. La oportuna llegada de Texas y sus peones sembró la confusión y el desorden entre los forajidos y marinos, los cuales se atacaban entre sí ayudados por Texas, y aunque algunos lograron hacer frente a éstos y retenerles de manera inconsciente retrasando con fatalidad su llegada al claro, terminaron por caer.

Tres marinos y dos bandidos, abandonando la lucha, se decidieron a huir como mejor les fue posible, pero Texas dio orden

de perseguirles y apresarles.

Mientras los peones corrían tras ellos, tratando de amedrentarles a tiros, Texas y Nino se apresuraron a registrar el terreno y llegaban al claro precisamente en el momento en que Jack se dejaba caer a la catarata.

Fué Nino quien disparó sobre él, aunque tarde. No le había reconocido y creyó que era un forajido de tantos.

—¡Buen viaje, so pringao! —gritó—. Allí quisiera yo mandar a algún otro que no encuentro.

Texas, nervioso, registró los alrededores de la explanada, sin descubrir rastros de las muchachas. Su ausencia de aquel lugar hacíale ignorar que las había tenido a muy pocos metros y que la fatalidad estaba ayudando a Zenker para burlarse de él de nuevo.

Rabioso, rugió:

—Nino, tráeme a algún reptil de éstos que conserve aún la vida. Necesito hacerle hablar aunque tenga que sacarle los ojos con un tizón ardiendo.

Nino retrocedió y, poco después, habiendo cesado ya el tiroteo, regresaba seguido de los peones los cuales arrastraban dos prisioneros.

Uno de ellos era O'Brien y el otro pertenecía a la cuadrilla de Wolff.

Texas hizo que los dejasen en tierra, frente a él, y con el revólver empuñado rugió:

—¡Hablar!… Quiero saber todo lo que ha pasado aquí o de lo contrario os meteré un proyectil en cada ojo.

El marino fue el primero en apresurarse a decir:

—Oiga, señor; usted no tiene derecho a tratarme así. Yo no tengo nada que ver con usted.

—¿Que no? ¿Qué hacías aquí mezclado con esta gentuza?

—Yo he venido a pelear contra una cuadrilla de bandidos que habían raptado a dos muchachas. Si eso merece que le traten a uno a tiros, acláramelo.

—¿Cómo sabías tú que los bandidos habían raptado a las muchachas?

—Porque nos contrató el marido de una de ellas para ayudarle a rescatarlas.

Texas, muy asombrado, exclamó:

—Cuéntame lo sucedido; Si dices la verdad y me demuestras que no perteneces a esta banda de granujas, yo sabré recompensarte.

O'Brien relató todo lo sucedido en la taberna del poblado, y cómo Zenker les había hecho creer que los bandidos le habían atacado, robando a su esposa y a su prima, cómo se habían fugado y su empeño en rescatarla.

Texas le escuchó interesado y comprendió que decía la verdad. Los marinos habían sido instrumentos ciegos de Zenker y nada tenían que ver en el rapto.

Haciendo un gesto, preguntó al bandido.

—¿Qué tienes que decir a eso?

—Que es cierto, pero él no sabe la verdad. Nosotros sorprendimos a aquel tipo cuando llevaba a las muchachas amarradas. El jefe las desató y él le propuso darle una cantidad si les dejaba libres, pero una de las muchachas le avisó para que no lo hiciera. Le prometió a Wolff que le pagarían un buen rescate por ellas si no aceptaba lo que le ofrecía aquel tipo y se ponía al habla con el capitán Texas.

»Aquella noche se fugaron los dos que las conducían y mataron a un compañero. Wolff pretendió que ella mantuviese la oferta de rescate, pero la joven rebajó mucho la cifra y el jefe no quiso aceptar. Ella la mantenía si capturaba a los fugitivos y los entregaba al capitán junto con ellas. Como no se habían puesto de acuerdo, Wolff las trajo aquí, seguro de que no tardando mucho aceptarían, y cuando estábamos más descuidados, fuimos atacados a tiros.

—¿Dónde dejasteis escondidas a las muchachas? —preguntó anhelante y esperanzado Texas.

—Quedaron aquí mismo. El jefe, al oír el primer disparo, saltó hacia los peñascales y las dejó aquí.

—¿Aquí? ¡Por Satanás! Buscar bien por los alrededores, no pueden haber ido muy lejos. Acaso se hayan escondido en algún lugar, y tú —dijo, dirigiéndose al marino—, ¿dónde está el que os contrató?

—¿Yo qué diablos sé? Fué el primero en disparar. Dijo que había matado al jefe y nos ordenó deslizamos hacia allá abajo, para contener a sus hombres. Él saltó por ese picacho a este claro y ya no vi más, aparecieron ustedes y se armó ese infierno de tiros que le ha costado la vida a todos mis compañeros.

Texas, con los ojos brillantes, rugió:

—¡Cuidad de esos tipos! Tienen que estar cerca, no pueden haber corrido mucho, ¡por Judas! Que me consideraré un imbécil si no los descubro.

Iba a iniciar la búsqueda, cuando el bandido exclamó:

—¡El caballo!… ¡El caballo!

—¿Qué caballo?

—El de Wolff. Estaba aquí mismo y no le veo.

Texas adivinó la terrible verdad. Mientras aquellos hombres peleaban entre sí, Zenker había conseguido escapar a caballo con las muchachas.

Furioso, dio una orden:

—Atar a ese tipo y dejarle ahí. Si tiene la suerte de que alguien le auxilie, mejor para él, y si no…, en cuanto a ti —dijo, señalando al marino—, si quieres incorporarte a nosotros, vente nada tengo contra ti.

—Bien; nada tengo que hacer y lo mismo me da una cosa que otra.

—Darle un caballo. Busquemos el sitio por dónde puede haber huido. Doy cinco mil dólares al primero que me señale una pista capaz de localizarle.

El marino tomó uno de los caballos de los bandidos que se encontraban reunidos en un pequeño hoyo, y tomando la ropa que le venía mejor entre los caídos, se equipó, dejando de aparecer con aquella camiseta tan llamativa. Quería evitar que le reconociesen como un marino desertor y la ocasión era la más propicia.

Como locos, se repartieron por todo el perímetro de la explanada, registrando las innumerables fisuras que partían los farallones que la circundaban. La contrariedad de ser el piso de piedra viva hacía que no pudiesen localizar con facilidad las huellas del caballo.

Texas hubiese seguido ciegamente por alguna de ellas, pero el temor a alejarse más, que acercarse, le impedía tomar tan enérgica resolución.

Esto les hizo perder un tiempo precioso, hasta que el peón que les había guiado a aquel lugar, regresó exclamando:

—Señor Texas, he observado que casi todas estas malditas sendas van a morir a una misma. Sospecho que no hay más que un

camino seguro, aunque se complique con muchas salidas.

—Pues, adelante. Veamos si la suerte quiere protegernos.

Rápidamente se lanzaron cuesta abajo por la primera senda que encontraron, y Texas iba comprobando, a medida que avanzaba, que muchas otras, después de rodear los peñascales, iban a morir a la que seguían, lo que hizo que sus esperanzas aumentasen.

Poco a poco, el terreno se iba haciendo menos agrio y complicado, hasta que, por fin, descubrieron desde una altura las casitas de Blocksburg que se hacinaban en el llano a una milla de las estribaciones del monte.

Nada habían descubierto durante el descenso que les denunciase la presencia, de Zenker, y Nino, desde el caballo, gritó:

—¡Manito, no pueden estar más que en el pueblo! ¡Lo prenderé fuego por los cuatro costados si no me dicen dónde se han escondido!

CAPÍTULO VI

UN TRUCO QUE FALLA

ZENKER, en su desesperación e impotencia, se había adentrado por aquella fisura, que no sabía dónde le iba a conducir, pero aunque le hubiese llevado derecho al infierno, no hubiese retrocedido sabiendo que llevaba detrás de los cascos del caballo la vengativa figura de Jim Texas.

Era un recurso desesperado. En su locura, se había deshecho del único auxiliar valioso que poseía y, ahora, se veía reducido a sus pobres fuerzas, con aquella impedimenta de las dos mujeres y con una jauría humana siguiendo sus huellas.

Bien, era hombre de lucha y no renunciaba a ella. Pelearía hasta el último minuto, aprovecharía la más infinita posibilidad de salir triunfante y si se veía perdido, la vida de las dos mujeres garantizaría la suya o serviría como precio de su muerte.

No tenía interés en conservarlas vivas, pero sí hasta que le sirviesen para sus proyectos futuros. Después se desharía de ellas sin remordimiento de ninguna especie, y si no podía llegar a la meta de sus ilusiones y se veía acosado, sembraría en la huida la tierra de cadáveres, dejándole aquella trágica siembra a su feroz enemigo.

El caballo, fuerte y poderoso, aun acusando el excesivo peso, galopó bastante bien por deslizarse cuesta abajo, y media hora más

tarde, Zenker volvía a distinguir las casitas del poblado en el llano.

¿Podía ser un refugio para él en semejantes circunstancias? No estaba muy seguro de ello y, a menos que encontrase una ayuda providencial que no esperaba, tendría que huir del poblado para que no se convirtiese en una ratonera para él.

Descendía ya al llano con la preocupación de sentir de un momento a otro los cascos de los caballos perseguidores, cuando en la polvorienta senda que se alejaba del pueblo hacia el norte, descubrió un vetusto carricoche cerrado, tirado por una pareja de cansinos animales. Parecía una barraca con ruedas y, de súbito, le acometió una idea salvadora.

Pidió un último esfuerzo al caballo y, a vivo galope, siguió la senda, alcanzando por la espalda el pesado armatoste.

Pronto se dio cuenta de lo que se trataba. Unos rótulos mal pintados en los lados laterales del vehículo anunciaban que se trataba de un dentista ambulante. Uno de esos tipos nómadas que viven en los caminos perpetuamente y tienen convertido su carromato en una especie de vivienda rodante.

El carro, de madera retorcida por la acción del sol, se hallaba cerrado completamente. Sólo poseía una puerta trasera y dos huecos que oficiaban de ventanas a los lados, cubiertos con unas deslucidas cortinillas.

Ganó la delantera a la pareja de escuálidos esqueletos que tiraban del vehículo, y encarándose con el barbudo dentista que guiaba los caballos, gritó:

—¡Pronto, por favor! ¡Ayúdeme a meter ahí dentro a estas dos jóvenes! Hemos sufrido un accidente bajando el monte y necesitan asistencia.

El sacamuelas miró a las muchachas atravesadas sobre el caballo y rezongó:

—El pueblo está ahí cerca, ¿no lo has visto? Allí las podrán atender mejor.

—No discuta, amigo, tengo mis razones para pedirle este favor, que sabré recompensarle. Tome, como muestra.

Metió la mano en el bolsillo y extrajo un puñado de billetes que le puso en la mano. Este rasgo asombró al nómada, quien se apresuró a descender, abriendo la puerta del carricoche.

Acuciado por Zenker, le ayudó a introducir a las muchachas

dentro. El interior era algo desordenado, donde se mezclaba una yacija, utensilios de cocinar, ropas tiradas por el piso y un cajón con los útiles de su oficio.

Zenker, nervioso, depositó a las muchachas en la yacija y volvió la vista al monte. No aparecían en sus laderas los jinetes de Texas y una loca esperanza se apoderó de él.

En medio del asombro del sacamuelas, azotó cruelmente al caballo con una vara de hierro que encontró en el carro, y el animal, dolorido, lanzó un relincho y emprendió un galope fantástico por delante de ellos, perdiéndose en el polvo de la senda.

—¿Qué diablos hace usted? —preguntó el barbudo al observar la maniobra.

Zenker, indicándole el asiento, ordenó:

—Escuche, voy a meterme ahí dentro y usted va a seguir adelante. Me persiguen y tengo que burlar la persecución. Si lo logro, cuando abandone el carro le pagaré más que puede ganar en un año sacando muchas muelas a diario, pero si me hace traición y da a entender que me he refugiado en el carro, antes de que nadie pueda intentar nada contra mí, le clavaré cinco balas en los riñones y no verá usted el final de la aventura. Monte y no pierda el tiempo. Si le alcanzan y preguntan si me ha visto pasar, diga que sí, que he pasado a todo galope a caballo por delante, y cuando ellos sigan, yo le diré lo qué tiene que hacer.

El dentista ambulante, rabioso, no tuvo más remedio que someterse. Comprendía que la amenaza no era vana y no quería jugarse la vida estúpidamente.

Zenker se introdujo en el carruaje, atrancó la puerta por dentro con un leño que encajaba en una cuña saliente y se corrió a la delantera. Detrás del asiento del conductor había un vano que servía de respiradero, y, apostado allí, con el revólver en la mano, amenazaba con el arma la espalda del conductor.

Éste dejó caer el látigo sobre los huesudos flancos de los matalones, que reanudaron su perezosa marcha entre el polvo de la senda, alejándose hacia el norte.

Para Zenker fue providencial el encuentro, pues no llevaba rodando de nuevo más de diez minutos, cuando Texas y sus hombres alcanzaban a distinguir el llano y en él, el carromato del dentista.

Sin hacerle aprecio, apenas llegaron a la pradera, se encaminaron hacia el poblado a galope tendido, y penetrando en él abordaron a los primeros vecinos que encontraron al paso.

Su pregunta respecto al huido asombró a la gente, que negó haberles visto penetrar allí, y Nino, furioso, empezó a lanzar pintorescas amenazas contra el poblado, prometiendo encender una pira que abarcase de punta a punta y echar dentro a los cerriles habitantes de aquel miserable conglomerado de casuchas.

Fué preciso que se alzara un clamor general e indignado de una gran parte del vecindario, para convencerle de que allí no había aparecido el fugitivo, y Texas, que comprendía que decían la verdad, exclamó:

Cálmense, señores; mi amigo está furioso y con razón. Se trata de un indeseable que ha raptado a unas muchachas y quiere deshacerse de ellas por venganza.

—Pues le juramos que aquí no ha entrado ningún forastero esta mañana, y menos a caballo y con dos mujeres.

—¿Quiere decirme qué otro lugar posible para su huida hay por aquí?

—Si ha huido hacia el norte, puede haber entrado en Scotia, y si va hacia el Oeste, con dirección a la costa Ferndale, pero si huye con esa impedimenta, lo más fácil es que siga bordeando la montaña y vaya a parar a Hay Fork, que está precisamente metido entre las cortadas.

—Muchas gracias y perdonen —dijo Texas—. ¡Adelante! Creo que el camino más indicado es este último.

El pelotón inició un trote rapidísimo y un cuarto de hora más tarde volvían a distinguir el carretón del dentista ambulante.

—Nino apuntó:

—Escucha, manito, quizá ese que conduce ese pringue de carro le haya visto pasar. Le preguntaremos.

Se adelantó al grupo y gritó:

—¡Eh, amigo! ¿Ha visto pasar o así a un tipo a caballo que llevaba dos mujeres en la silla?

El barbudo le miró un momento y luego, tratando de hacer firme su voz, repuso:

—Pues verá, hace un rato vi bajar un caballo de allá arriba y cruzar por detrás de mi carro hacia la izquierda. Galopaba como un

diablo y parecía que llevaba unos sacos en la silla. Fué tan rápido y me pillaba en tan mala postura, que no alcancé a distinguir lo que porteaba.

—¡Maldita sea Sonora! ¿Por dónde dice que galopó?

—Hacia la izquierda, por detrás del poblado. Parecía marchar hacia Scotia.

—Bien, gracias. ¿Hacia dónde conduce esta senda?

—Hacia Hay Fork, a unas diez millas.

Nino volvió grupas furioso y Texas al oírle, gritó:

—¡Adelante por ese lado!

El pelotón se perdió entre nubes de polvo atravesando diagonalmente el llano y el carretón siguió hacia adelante.

Cuando ya no se distinguían, el dentista detuvo el carruaje, diciendo:

—Bueno, ya he hecho lo que me ha pedido; ahora, lárguese con su carga. Si les da la gana volver y descubren la mentira, adivino que no me volverían a dejar decir otra.

—Bien; no volverán; al menos con tiempo para cazarme. Ahora, elija; necesito el carro, es mi garantía, se lo compro o si prefiere, véngase conmigo y cuando termine se lo devolveré junto con una buena gratificación. No perderá nada con ello.

El barbudo, tras un momento de reflexión, preguntó:

—¿Dónde piensa ir con mi carro?

—Pienso volver hacia la montaña. Me he separado mucho del lugar hacia donde iba y quiero alcanzarle. Si me acompaña, no le pesará.

—Bueno, dígame cuánto calcula que tardará en dejarme libre y qué me va a dar.

—Pues creo que tres o cuatro días serán suficientes. El premio serán mil dólares, dígame si sacando muelas ganará usted eso en un año.

—Quizá no, pero sacando muelas no me juego la cabeza como con esto. He adivinado que esa cuadrilla es capaz de volarnos los sesos a los dos y mis pobres sesos tienen cierto valor.

—Ya los he tasado; decídase y pronto.

—Bueno, veo que no me queda otro remedio. Si le vendo el carro, me voy a jugar y a beber el importe y me quedaré sin todo. Dígame por dónde quiere ir.

—Siga adelante y acérquese a la montaña. Cuando llegue a ella, intérnese por donde mejor se pueda y daremos la vuelta hasta volver a seguir el mismo camino por donde he bajado. Ni por él pensarán buscarme, ni correré el peligro de tropezar con ellos.

El dentista subió al pescante y empuño las riendas mientras Zenker volvía presuroso al interior del carromato. Tenía miedo de que las muchachas recobrasen el conocimiento y le pusiesen en peligro de ser descubierto. Pero aún continuaban bajo los efectos del desmayo y Zenker, para asegurarse mejor, aprovechó unas cuerdas que encontró en el carruaje y las trabó reciamente.

Entretanto, Texas, nervioso, había repartido a los peones para que registrasen los caminos y rutas factibles de brindar la huida a Zenker.

No admitía la posibilidad de que esta vez se le pudiese escapar de las manos. Le estaba pisando los talones; huía con una impedimenta muy engorrosa y el tiempo que le distanciaba de él era tan escaso, que sólo poseyendo el don de la invisibilidad podría evaporarse.

En tres grupos se lanzaron a galope en las direcciones indicadas. Texas eligió el que conducía hacia Hay Fork por ser el que bordeaba la montaña y cuando hubo ganado más de tres millas, detuvo en seco su caballo diciendo a Nino:

—¡Por el infierno! ¿Tú crees que aquel carromato que detuvimos allá abajo ha tenido tiempo de ganar tanto terreno con el par de matalones que le arrastraban?:

—¡Oh, no, claro que no! —repuso el mejicano—. Pero ¿qué tiene que ver eso?…

—Nada, creo yo, pero es que me extraña. Se dirigía al poblado y debíamos haberle dejado atrás. Sigamos; quizá haya trotado más que suponemos.

Pero aún avanzaron un par de millas más sin descubrir el menor rastro.

Texas estaba intrigado con semejante desaparición. Parecía que aquello nada tenía que ver con Zenker que galopaba a caballo y con dos mujeres, pero era tal la desconfianza que sentía, que todo le resultaba sospechoso y extraño.

Retrocedió bordeando el macizo montañoso en busca de rastros del carretón. Estaba intrigado por aquella desaparición misteriosa y

quería convencerse de que nada tenía que ver con aquel dramático suceso, cuando un jinete avanzó a todo galope a su encuentro. Era uno de los peones destacados en dirección a Scotia y regresaba en su busca con una noticia interesante.

—Señor Texas —se apresuró a decir— hemos encontrado el caballo.

—¿Qué caballo?

—El que ha servido a ese tipo para fugarse.

—¿Cómo puedes asegurar que es s ese si no le conoces?

—Porque en la silla lleva escrito el nombre de su dueño; Peter Wolff.

Texas, ordenándole que siguiese hacia adelante, abandonó el registro y retrocedió hacia el lugar donde había quedado el resto de sus hombres guardando el caballo.

Este era un magnífico ejemplar. Alto, ancho de pecho, recio de patas, un caballo capaz de resistir una tensa carrera horas y horas.

—¿Dónde le habéis encontrado? —preguntó.

—Allá adelante, en un prado paciendo mansamente. No lejos, hay una cabaña que ocupa un ovejero, pero éste ha salido con el ganado a pastos más lejanos. Han quedado su mujer y una muchachita a las que hemos preguntado. Nos han asegurado que vieron llegar al caballo solo, a todo galope, pero que al llegar al prado, se detuvo a triscar la hierba y a beber de una charca. Creían que era un caballo escapado del pueblo y lo dejaron hasta que fuese a recogerle su dueño.

Texas escuchaba con el ceño fruncido y los ojos brillantes. Había cosas obscuras en aquel suceso tan sencillo al parecer y tan complicado en la realidad y estaba estudiándole intensamente.

Por fin, afirmó:

—Esto aclara algo, señores. Si el caballo fue a ese lugar solo y sin jinete, es porque éste le había abandonado antes y al hacerlo, no fue para quedarse en la pradera esperando que le cazásemos como a una rata. Es indudable que tenía un refugio seguro y quiso espantar al caballo para lanzarnos tras una pista falsa.

»Si, como la gente del pueblo asegura, allí no ha entrado, es indudable que ha buscado otro escondite y como la carreta del dentista ha desaparecido en la senda como tragada por el polvo, sospecho que nos ha burlado, escondiéndose en ella.

»¿La tenía preparada de antemano? No paso a creerlo, puesto que su huida ha sido imprevista; sólo puedo creer que la encontró al llegar al llano y que con amenazas consiguió introducirse en ella y obligar al barbudo dentista a despistarnos bajo amenaza de muerte. Siento rabia contra mí mismo al sospechar que le he tenido a dos pasos bajo el cañón de mi arma y que ha podido burlarse una vez más de mí. Esto no me lo perdonaré nunca, aunque no proceda de un error mío, pero juro que encontraré la carreta en algún lugar del monte, aunque tenga que pasarme la vida registrándole palmo a palmo.

Dirigiéndose a Nino, continuó:

—Preocúpate rápidamente de comprar avituallamiento y cárgalo en un caballo. Vamos a meternos en la montaña y no sabemos cuánto tiempo estaremos en ella. Que no le falte a nadie lo más preciso. Vosotros, entretanto, ayudadme a rastrear el terreno, aunque es duro y áspero; no creo que sea imposible encontrar alguna huella.

Nino se dirigió velozmente al pueblo y los peones, obedeciendo las órdenes de Texas, se repartieron a lo largo de las estribaciones de la montaña, rastreando el piso en busca del lugar por donde la carreta pudiera haber atravesado para esconderse en la montaña.

No fue tarea fácil, conseguirlo. Las ruedas del carretón habían dejado impresas las rodabas en el polvo hasta alcanzar el terreno duro donde se borraban, pero no se hallaba indicio claro que denunciase por qué lugar había penetrado en las cortadas y Texas no quería despistarse introduciéndose al azar para luego despistarse y perder un tiempo precioso.

Por fin, mediada la tarde, fue el propio Jim quien descubrió ciertas huellas denunciadoras. Por un ancho terraplén cubierto de hierba se descubría ésta machacada en un par de largas estrías distanciadas entre sí como metro y medio y no tuvo inconveniente en admitir que correspondían a la presión de las ruedas del vehículo. Aquello era una pista. Lo demás vendría después, pues aunque la piedra repelente borraba a poco el rastro, tendrían que ir encontrando algunos otros que les denunciase su ruta.

Y esperanzado, una vez que Nino regresó con la impedimenta, se lanzó por aquellos vericuetos repartiendo a sus hombres en un amplio círculo, para ir registrando el terreno más

concienzudamente, según iba avanzando.

CAPÍTULO VII

UN HOMBRE SE RESISTE A MORIR

ASÍ como se asegura que los gatos tienen siete vidas, así algunos hombres han nacido con la vitalidad tan unida al pellejo, que por un azar del destino gozan de cierta inmunidad que no todos los mortales poseen. Uno de estos hombres, llamados a desafiar la muerte con más ventajas que otros, era Jack, el valioso auxiliar de Zenker, hombre duro y temerario, que había salido con bien de trances terribles en su larga vida de forajido y la suerte no parecía querer abandonarle, pues cuando cualquier otro en su lugar hubiese muerto destrozado o ahogado en aquella tumultuosa catarata donde cayó además herido de un disparo, su sino le libró de romperse los huesos contra la roca y de que la masa de agua al envolverle le asfixiase.

Su caída fue espectacular. Se zambulló en la espumosa cortina un poco alejado del terrible golpe de caída de la cascada y si bien se sintió durante un momento privado de aire y hasta reducido en sus energías para debatirse contra el peligro, la frialdad del agua fue como un calmante y un estímulo para su herida, pues apenas salió a flote de la vorágine de la cascada, se sintió con energías para nadar con rabiosa desesperación, hasta alejarse del remolino y dejarse llevar de la impetuosa corriente.

El tiro no debía haber causado gran destrozo en sus duras carnes. Sentía un escozor terrible en la espalda, pero el frescor del agua lo apaciguaba y como era un excelente nadador, le bastó dejarse llevar por la riada, permaneciendo atento a no dejarse lanzar contra las duras paredes por donde se deslizaba encajonada la torrentera.

Mala era su situación, pero peor lo hubiese pasado en la explanada, acosado por las fieras huestes de Texas y casi llegó a agradecer el traicionero disparo de Zenker, que le había servido para escapar con vida de la encerrona.

Pero Jack no era hombre que perdonase un pago horrible como aquel. Ignoraba si Zenker había podido escapar a la persecución de su secular enemigo, pero si así había sido y él lograba escapar a su vez del peligro que le rodeaba, le prometía vengarse cumplidamente de él.

Conocía el emplazamiento del refugio donde Zenker pensaba recluir a las muchachas. Había tomado parte en el plan para burlar a Texas y si conseguía remontar aquella situación, se presentaría en el refugio y mal lo iba a pasar aquel reptil que tan mala pasada le había jugado.

Dejándose llevar por la corriente, miraba con angustia a derecha e izquierda los altos taludes que cerraban el cauce y se preguntaba con ansia, si todo el recorrido de la catarata estaría encerrado entre aquellas paredes inescalables, pues no merecería entonces la pena haber escapado a un peligro tan trágico, para sufrir otro mucho más angustioso y cruel.

Ahora, la permanencia en el agua le iba resultando insoportable. El manantial debía proceder de algún glaciar de la montaña y el agua parecía un mazo de hielo flagelándole las carnes.

Aparte esta molestia horrible, le preocupaba la herida de la espalda. La había recibido casi en el costado derecho y le escocía terriblemente. Suponía que con la presión y la frescura del agua, debía haber dejado de sangrar, pero no estaba seguro de ello.

Ansiosamente seguía nadando con calma, evitando las peligrosas revueltas del cauce y cuando ya se sentía casi sin ánimos para soportar el lacerante frío que paralizaba la sangre en sus venas, observó que los taludes iban descendiendo gradualmente, cosa que le reanimó. Si, por fin, encontraba un lugar propicio para

abandonar el agua, se sentiría más aliviado y podría darse cuenta más exacta de su verdadero estado personal.

Aún tuvo que sufrir aquella horrible tortura durante un mortal cuarto de hora, pero al término de éste, el paisaje había variado a sus enrojecidos ojos.

Los taludes habían quedado atrás y las orillas al ensancharse, se iban mostrando casi llanas, aunque el cauce discurría por debajo de ellas.

Ansiosamente nadó hacia la orilla buscando un lugar más bajo donde salir a tierra. Por fin, unos sauces que se inclinaban hacia el agua le brindaron un asidero y reuniendo sus escasas fuerzas, se aferró a ellos y con ímprobo trabajo consiguió ganar la orilla.

Era media tarde. El sol, en lo alto, brillaba como una rosa de fuego y sus rayos quemaban rabiosamente, pero Jack no se dio cuenta de ello, al contrario, era tal el frío que sentía en los huesos, que aún le pareció que la lumbre del astro rey era pobre y sin calorías. Pero poco a poco fue reaccionando hasta comprobar que, en efecto, quemaba.

Se hallaba en un lugar salvaje, en el que solamente unas águilas volaban raudamente en las alturas. Sin el rumor de la catarata, aquello parecía un lugar abandonado del Globo.

Se despojó trabajosamente de sus mojadas vestiduras y las tendió en unas ramas al sol. Entre los peñascales que formaban un paisaje quebrado y áspero, crecían árboles corpulentos y retorcidos, que pregonaban su ancianidad y cuando se sintió despojado de la ropa, trató de examinar su herida.

No alcanzaba a verla, pero sí a palpar el lugar por donde entrara el proyectil. Este había penetrado torcido y más tarde, descubrió que había salido a una veintena de centímetros de distancia al borde del costado.

Se sintió satisfecho de no tener dentro el plomo. Esto y el enorme lavado que había sufrido la herida, le librarían de una posible infección. La sangre había dejado de manar, aunque goteaba y para evitarlo, se fabricó un pequeño tapón con un trozo de pañuelo.

Mientras se secaba la ropa, procedió a verificar un balance de los objetos que poseía. Conservaba el revólver y los proyectiles, pero estos estarían inservibles a causa de la humedad. Tenía que

desmontar el revólver, secarle y limpiarle, poner las cápsulas al sol para que la pólvora se secase y probar más tarde a ver si podía hacer uso del arma.

También conservaba su pipa, tabaco y el yesquero, pero la mecha mojada no servía de momento para su usa. Poseía unas ganas locas de fumar y con paciencia, frotando los pedernales, juntó un montón de hojas y ramitas resecas y consiguió encender un pequeño fuego que se cuidó de alimentar continuamente.

Una gran piedra plana en el centro de la hoguera, se calentó terriblemente y sobre ella, extendió el tabaco hasta secarlo, lo que le permitió llenar la pipa y luego acuciado por el hambre, buscó algo que calmase el dolor de su vacío estómago.

Solamente encontró unos zarzales resecos. Las moreras estaban casi agotadas, pero el hambre que sentía era tan cruel, que las devoró con fruición encontrándolas como un manjar exquisito.

Cuando terminó aquella operación, se tumbó boca abajo sobre la hierba, exponiendo la herida a los rayos del sol. Sabía que éste era un gran medicamento natural para la cicatrización y necesitaba encontrarse dispuesto para moverse con relativa facilidad lo antes posible.

Al llegar la noche, y con ella el relente, se vistió, atizó la hoguera añadiéndola gruesas ramas y a altas horas de la noche se quedó dormido.

Le despertó el agudo frío de la mañana. La hoguera se había consumido y él aire fresco de las sierras laceraba como un cuchillo.

Se sintió más animado. La herida le molestaba, pero no le impedía moverse con cierto desahogo y una sonrisa cruel iluminó sus duros labios.

Tenía que buscar a Zenker, le buscaría aunque fuese en el fondo de un abismo y se cobraría con creces la mala faena que le había jugado.

Requisó nuevamente el zarzal, consumió cuanto le fue posible y más reanimado bebió agua de la torrentera y emprendió el camino al azar.

Buscó un montículo que no fuese muy áspero de escalar, pues sus fuerzas eran relativas y cuando a costa de un gran esfuerzo consiguió hallarse en la cumbre, examinó con ansia el paisaje.

Este no le dijo nada a la vista. Por doquier sólo se distinguían

cañones profundos, simas mareantes, picachos enhiestos, senderos de cabras, ondulaciones bruscas y algunos macizos de reseca verdura.

Al sol reverberaban algunos manantiales que se desprendían de las rocas perdiéndose por la fragosidad del terreno, pero todo le era desconocido y no le servía para orientarse rápidamente.

Durante un momento trató de intentarlo siguiendo el curso de la torrentera. Cierto que ésta sólo surgía a su vista desde el lugar donde las orillas se aplanaban, pero el profundo corte por donde discurría desde su nacimiento se destacaba brioso como una espina abierta en el paisaje y decidió seguirlo todo lo cerca que le fuese posible.

Si lo conseguía, llegaría a la explanada donde había estado a punto de morir despeñado y desde allí, estaba seguro de encontrar el escondido lugar donde Zenker había hecho construir la cabaña de troncos para encerrar a sus prisioneras.

Descendió del picacho y animosamente reemprendió la marcha, siempre tratando de no perder de vista las cresterías que encerraban la torrentera, Mientras lo lograse, estaba seguro de acercarse al terreno deseado. Ascendiendo y descendiendo de montículos que le servían de observatorio, consiguió no perder de vista el oculto cauce de la catarata, y por fin llegó al lugar donde ésta nacía.

Se enfrentó con ella de costado. La explanada debía estar a su derecha, y tendría que bordear una sima y ganar varios desniveles para alcanzarla.

Sólo por curiosidad, pues no era aquello lo que buscaba, llegó hasta ella. Se encontraba agotado del esfuerzo, pero satisfecho de hallarse bien orientado.

Cuando recorrió el pequeño claro, sólo leves rastros de la estancia del bandido pudo descubrir. Sin embargo, algo sacó de ellos. En un rincón descubrió un saco con algunas conservas y un odre abandonado, hallazgo que le alegró, pues le aseguraba el camino.

También, descubrió, ya resecas, las manchas de la sangre que había vertido al ser herido a traición. Su vista le hizo rugir de ira, y prometió, desangrar a su enemigo gota a gota, hasta dejarle vacías las venas.

Cargando con el odre y las conservas, buscó el sendero que

habían llevado hasta aquel lugar, y alcanzó el refugio que ellos buscaran para su descanso. Desde allí estaba seguro de encontrar el sendero tortuoso y disimulado que conducía a unos altos peñascales, entre los que estaba la cabaña destinada a prisión.

Fué una jornada agotadora que creyó no poder cubrir aquel día, pero al anochecer, usando de toda su voluntad y energía, había conseguido llegar a lo alto de la senda.

Con feroz alegría descubrió la tosca cabaña. Era un rectángulo más largo que ancho, construido sólidamente con troncos de árbol. Poseía una puerta recia que se cerraba por fuera con una gruesa tranca y mostraba dos estrechos respiraderos a modo de ventanas, por los que nadie sería capaz de filtrarse, por muy delgado que fuese.

Jack empuñó el revólver y avanzó con toda clase de precauciones. No se oía el más leve rumor. Parecía un lugar desierto y abandonado, pero Jack no podía fiarse tratándose de Zenker.

Dio un rodeo para no aparecer de frente, y, cruzando, alcanzó la cerrada puerta. Se tranquilizó al observar que la tranca que cerraba por fuera estaba echada. Esto indicaba que, si había alguien dentro, sólo podían ser las prisioneras, pues el secretario estaría fuera. Volviendo la vista atrás para no ser sorprendido, levantó la madera y abrió con precaución. La luz del atardecer se filtraba por los pequeños respiraderos, iluminando débilmente el interior, pero un rápido vistazo le bastó para comprobar que estaba vacía.

La registró rápidamente. Había dos yacijas destinadas a lecho, un saco con provisiones y algunos útiles de cocina. Zenker había tomado toda clase de precauciones por si se veía obligado a permanecer allí cierto tiempo.

Dejó el odre y el saco que porteaba y volvió a salir, registrando los accidentes del cercano terreno, pero no descubrió huella alguna del paso de Zenker. Éste no debía haber tenido tiempo de llegar a su escondite o quizá se vio privado de hacerlo.

Jack se quedó, dudando. No tenía seguridad alguna de que su antiguo jefe pudiese llegar al refugio, pero tampoco podía afirmar que no llegase más tarde. Corría un albur quedándose o marchando de nuevo, pero, después de meditarlo bien, optó por quedarse, al menos durante algún tiempo. Se encontraba herido, mermado de facultades y cansado de las terribles jornadas sufridas. Le convenía

reposar un poco para reponer fuerzas, curar su herida y encontrarse de nuevo apto para la lucha. Si en este tiempo Zenker aparecía, encantado. Jugaría con él la partida decisiva; y si no, una vez recuperado, se lanzaría tras sus huellas para localizarle donde fuera. Era hombre vengativo, que no perdonaba una humillación como aquélla, y tarde o temprano le encontraría para pasarle la factura.

Estaba rendido, tenía sueño; cerró la puerta, atravesó una yacija junto a ella para ser despertado si alguien intentaba penetrar durante la noche, y, con el revólver al alcance de la mano, se quedó dormido.

* * *

El vetusto carretón del dentista rodaba trabajosamente por un terreno áspero y difícil, mucho más para, una pareja de semovientes tan escuálidos y pobres de sangre como los que el ambulante dentista poseía.

Zenker que después de amarrar sólidamente a las dos muchachas se había sentado en el pescante junto al barbudo sacamuelas, fustigaba sin piedad a los pobres animales, y el carromato avanzaba dando tumbos que amenazaban con desencuadernar su envoltura.

El dentista, rabioso, gritó.

—¡Oiga, me va a destrozar el carro y a matarme los caballos! ¿Qué se ha creído usted que es mi carricoche?

—Me es igual; necesito avanzar rápidamente y no me detendré ante nada. Si se destrozan, se lo pago y en paz.

—Esa será su opinión, pero no la mía. Ya le he dicho que no vendía el vehículo.

—Usted hará lo que yo quiera… confórmese con lo que le ofrezco y saldrá beneficiado, y sepa que si me pone obstáculos le dejaré tendido de un tiro en las quebradas. Me va la vida en ello, y no me detendré ante la consideración de conservar este montón de astillas y ese par de sardinas que las arrastran.



El dentista tuvo que enmudecer. La amenaza era seria y leía en los desorbitados ojos del intruso que era capaz de cumplir sus amenazas.

Tuvo que resignarse a ver cómo marcaba surcos sangrientos con el látigo en los huesudos flancos de los animales, mientras el carro crujía siniestramente. Estaba seguro de que no llegarían a ninguna parte con aquella táctica, pues el vehículo se desharía de un

momento a otro.

Zenker, nervioso, volvía continuamente la cabeza hacia atrás, temiendo ver surgir a su espalda a sus perseguidores. No estaba seguro de haber engañado por mucho tiempo al sagaz Texas, y si éste descubría el verdadero rastro, le daría alcance de un momento a otro.

Cuando llegó la noche, los caballos, que ya habían caído a tierra varias veces, se negaron a continuar, y Zenker, comprendiendo que no conseguiría que siguiesen avanzando, se decidió a buscar un refugio donde pasar las horas de sombra.

Un chaparral espesísimo a su derecha pareció brindarle un seguro refugio. Hizo que el carro se introdujese por él, amontonó ramaje en los huecos que podían denunciar su presencia, y, ya seguro de poder despistar a sus perseguidores, consintió en que el ganado fuese desenganchado, proporcionándole un descanso.

Entonces, penetró en el carruaje donde Vera y Stella, repuestas de su desvanecimiento, se preguntaban dónde se encontrarían, y qué iría a suceder después.

Desde luego, adivinaban hallarse en poder de Zenker. Lo denunciaban así las recias ligaduras que les imposibilitaban de todo movimiento, y, acurrucadas una junto a la otra, trataban de prestarse ánimos para un porvenir tan sombrío como el que les amenazaba.

Cuando vieron entrar a Zenker, temblaron de angustia.

La presencia del cruel secretario no sólo les producía asco y miedo, sino que les hacía temer un funesto e inmediato desenlace.

Zenker sonrió trágicamente al descubrir que habían recobrado el conocimiento, y exclamó:

—Magnífico viaje, ¿no es cierto? Como podrán apreciar, soy un hombre de recursos, al que no es fácil doblegar ni aun en los momentos más graves.

Desató las ligaduras de los pies de ambas muchachas, y ordenó:

—Salgan a tomar un poco el fresco; les conviene. También les puedo ofrecer algo de comer. Una cosa es que esté dispuesto a deshacerme de vosotras sin compasión, y otra que apele a tormentos inútiles.

Las muchachas se pusieron en pie trabajosamente, y, sufriendo fieros calambres, pudieron descender del vehículo saltando al

chaparral. La noche era clara, pero ahí metidas apenas si la luz se filtraba entre el ramaje.

Zenker, que había requisado las provisiones del dentista, ordenó a éste:

—Prepare algo de comer. Tengo un apetito feroz. También ésta linda pareja debe tener el estómago vacío.

Las dos jóvenes negaron con la cabeza. Cierto que llevaban muchas horas sin probar nada, pero la tensión nerviosa les había matado el apetito.

Stella se atrevió a suplicar:

—¡Agua!

El dentista no llevaba odre alguno, pero cerca de allí se captaba el gorgoteo de un pequeño manantial. Zenker tomó una vasija, y advirtió:

—Oigo caer el agua cerca; prepare eso mientras traigo de beber.

Se introdujo por un claro del chaparral y desapareció.

Vera, que había estado estudiando el rostro contraído y rabioso del dentista, adivinó que no actuaba de buena gana y que era una víctima como ellos del cruel secretario.

En voz baja suplicó:

—¡Por todos los santos, ayúdenos usted a librarnos de ese monstruo!

—Bien quisiera, señorita —afirmó, iracundo, el dentista—; pero tengo tanta fuerza como ustedes; él posee armas, y yo no. Me ha traído a la fuerza.

Vera recordó el revólver que había escondido en el pecho, y exclamó, apremiante:

—¡Pronto!... Aquí, en mi pecho, guardo un pequeño revólver. Tómelo. Quizá se presente una ocasión de hacer uso de él.

El barbudo, que estaba furioso contra Zenker, se apresuró a tomar el arma y guardarla. Un rumor de ramas removidas le obligó a separarse con premura y concentrar su atención en preparar algunas viandas. Zenker volvía con la vasija llena de agua. La aplicó a los labios de Stella y ésta bebió con avidez.

Luego, contempló con ira reconcentrada a Vera y se quedó tenso con la vasija en la mano, dudando si facilitarle el anhelado líquido o no, pero, encogiéndose de hombros, le dio también de beber.

Tomaron un refrigerio, y, al terminar, Zenker advirtió:

—Pueden dormir, si quieren. Mañana continuaremos el viaje, y la carreta no es muy cómoda para hacerlo. Usted —dijo, dirigiéndose al dentista— también puede dormir. Yo velaré.

Aquél replicó:

—No tengo mucho sueño. Si está usted cansado, yo puedo velar unas cuantas horas.

—Gracias, pero no tengo sueño. Es a mí a quien me interesa vigilar el camino.

El dentista hizo una mueca de contrariedad en la obscuridad que no pudo ser captada por Zenker. Había confiado en que aquel rufián se durmiese para desarmarle o dominarle con el revólver que Vera le había facilitado. Resignándose, se tumbó sobre las secas hojas, siendo imitado por las dos jóvenes, y Zenker, con el revólver en la mano, vigiló a su vez a los tres y la parte externa del chaparral.

CAPÍTULO VIII

Las cañas se vuelven lanzas

ZENKER debía poseer una naturaleza de hierro. Toda la noche la pasó tenso y vigilante, atisbando lo que sucedía alrededor, y, aunque el dentista confió en que el sueño le venciese, terminó por quedar dormido sin poder comprobarlo.

También Vera pasó la noche en vela, pendiente de los movimientos de su enemigo. Esperaba de un momento a otro verle quedar agotado, pero sus esperanzas se vieron fallidas.

Stella, más delicada, se durmió con un sueño sobresaltado y angustioso, y de madrugada, apenas rayó el día, el secretario dio la orden de partir.

De momento, todo parecía tranquilo. El terreno le había ayudado a borrar la pista, y confiaba en alcanzar su refugio antes de ser descubierto.

Si lo conseguía, podía verse libre del estorbo de las dos prisioneras encerrándolas en la cabaña, y como el sitio era ideal para una defensa por lo alto y dominante, si Texas encontraba su rastro y se decidía a asaltar su refugio, estaba seguro de cazarle antes de que se diera cuenta de que le había colocado un par de tiros.

Los caballos se habían repuesto algo de la terrible jornada del

día anterior y tiraron con más ánimo del carricoche pero su andar era lento y perezoso, lo que les obligó a perder un tiempo que, para él era oro, pues sabía que sus enemigos, con buenos caballos, podían alcanzarle en cuanto localizasen su pista.

Confiaba en que no se les ocurriese sospechar del carromato del dentista. Aquél había sido un truco genial, y posiblemente estuviesen corriendo detrás del caballo de Wolff, o buscándole por los poblados inmediatos.

Le costaba trabajo encontrar el buen camino para llegar al lugar anhelado. El carromato era una impedimenta para buscar atajos que facilitasen el avance, y todo se convertía en rodeos desesperantes que alargaban el camino, hasta el punto de que aún se vio obligado a hacer una nueva parada al llegar la noche sin alcanzar el refugio.

Había dejado atrás el lugar donde fue apresado por la cuadrilla de Wolff, pero aún le quedaba un trozo de camino difícil y peligroso para llegar a la cabaña.

Había dormitado a ratos dentro del carruaje. Las muchachas, bien atadas, no constituían peligro para él, y el dentista, obligado a dirigir el vehículo, no podía sorprenderle, porque, si detenía el carro, la falta del terrible vaivén le hubiese despertado.

Por ello tampoco aquella noche durmió, haciendo la guardia, y todas las ilusiones de las prisioneras se vieron fallidas.

Por fin, a la salida del sol, emprendieron el último trozo del camino, ascendiendo por una áspera pendiente que conducía a la pequeña explanada donde había construido su refugio. No se podía subir fácilmente a ella más que por la estrecha senda, y desde lo alto, amparándose en los salientes roquizos, se podía batir la subida con holgura.

Cuando estaban a punto de alcanzar el rellano, Zenker dio orden de que el carruaje se detuviese, y avanzó con toda clase de precauciones. Temía ser víctima de una sorpresa, y no estaba dispuesto a meterse estúpidamente en la boca del lobo.

Claro que aquel escondite sólo lo conocía él, pues Jack, que le había ayudado a prepararlo, había desaparecido para siempre.

Tranquilo al observar que la tranca de la puerta estaba echada y que no había señal alguna de visita, retrocedió y dio orden de ascender.

El vehículo, en un último esfuerzo, alcanzó la planicie, y Zenker

abrió la puerta, diciendo:

—Haga el favor de ayudarme a trasladar aquí a las dos prisioneras. Hemos llegado, y, en cuanto acabemos, podrá usted volverse al llano con, su carro.

Había algo de irónico en la voz de Zenker al hacer esta afirmación, que alarmó al dentista. No conocía bien a aquel tipo, pero estaba sospechando que era muy capaz de deshacerse de él por temor a que le denunciase.

Temiéndolo, se adelantó al carro y tomó en brazos a Vera para trasladarla a la cabaña. La muchacha, angustiada, murmuró en su oído:

—¡Por Dios! ¿Por qué no intentó algo contra él?

—Porque es un demonio que vive en continua alerta. Tenga en cuenta que soy un hombre viejo y que no podría luchar con él sí fallase el primer golpe.

—Pero ¿no comprende que no le dejará salir de aquí? Teme que pueda denunciarle.

—Lo he sospechado y voy a tomar mis precauciones. Antes de que me elimine estúpidamente, trataré de hacerlo yo.

La dejó depositada sobre una de las yacijas y salió al exterior cuando Zenker entraba con Stella. El dentista quiso salir, pero él le cortó la salida diciendo:

Tome, ocúpese de ésta también.

El barbudo vaciló un momento, pero, no viendo clara la situación, tomó a Stella y la dejó junto a Vera.

Pero antes de salir empuñó el arma. Sospechaba que Zenker le estaría esperando fuera para disparar sobre él, y adivinaba que la salida podría ser trágica.

Decidió no salir. Que fuese Zenker quien penetrase a buscarle, y, apenas asomase, le dispararía un tiro a boca de jarro antes de darle tiempo a hacer lo propio.

El dentista había adivinado las siniestras intenciones de aquel ser rastrero. Ya no necesitaba el carruaje y a su dueño, pero temía que al regresar éste pudiese tropezar con sus perseguidores y darles datos que fuesen su ruina.

Extrajo el revólver, se colocó frente a la puerta y llamó:

—¡Eh, amigo, dese prisa! Venga, que tiene que ayudarme aún un poco.

Pero, de súbito, oyó una voz irónica a su espalda que decía:

—Buenos días, jefe. ¿Qué tal ese viaje?

Zenker se revolvió como un reptil, tratando de disparar, pero un revólver le tenía apuntando a los riñones, y, desde el momento que con asombro había reconocido la voz de Jack, sabía que dispararía sin piedad.

El asombro y el miedo le restaron la iniciativa. Pudo haber disparado quizá con suerte, pero ya era tarde.

Él lo comprendió rabioso. La sorpresa había sido tan brutal, que había dado toda la ventaja a su terrible enemigo, y ahora ya nada podía hacer para remontar la desventaja.

Jack, que había avanzado con el rostro tenso y los ojos clavados en su ex jefe, ordenó con voz metálica:

—Deje caer ese juguete y no haga el menor movimiento, o le colocaré los cinco tiros en la espalda.

Zenker dejó caer el revólver, y en aquel momento surgió del interior de la cabaña, el barbudo, apuntándole a su vez de frente.

—¡Bravo! —Exclamó—. ¿Con que pretendía asesinarme, después de haberme obligado a secundar sus planes? Es usted el bicho más rastrero y venenoso que he conocido.

Jack, dirigiéndose al dentista, exclamó:

—Así era, amigo, pero mi buen jefe no había contado con la resurrección de los muertos. Ha sido una desgracia para él.

Sin perderle de vista un momento, ordenó:

—Acérquese, póngase a su espalda y clávele el cañón del revólver en la cintura. Voy a atarle, pero si hace el más ligero movimiento, dispare.

Recogió el revólver de Zenker, se lo guardó y penetró en la cabaña, saliendo inmediatamente con un manojo de cuerda, y, mientras el dentista vigilaba gozoso, maniató reciamente a su antiguo patrón, dejándole convertido en un fardo.

Zenker ponderaba su peligrosa situación, pero el hecho de que Jack no hubiese disparado ya sobre él le animaba a suponer que tendría otros proyectos.

Él, por su parte, estaba haciendo trabajar su imaginación para enredarle en otros planes audaces. Conocía su egoísmo, su amor al dinero, y confiaba en calmar su irritación haciéndole promesas tentadoras, e incluso dándole dinero con relativa prodigalidad para

evaporar sus ansias de venganza.

—Bien, jefe —dijo Jack cuando le consideró completamente inofensivo—. Es usted el hombre más generoso y agradecido del mundo. Cuando un hombre le sirve con lealtad, como premio le administra usted dos onzas de plomo por la espalda.

Zenker, falsamente compungido, clamó:

—¡Oh, Jack! Tiene usted razón de estar terriblemente ofendido conmigo; me he portado como jamás hubiese sospechado hacerlo; pero tengo una disculpa: estaba completamente loco en aquel momento; me veía cogido, y usted no se dio cuenta de que no podíamos salvarnos todos en aquel caballo. Usted debió buscar otro medio de escape, y no condenarnos a todos a la muerte.

—Claro; era preferible que quedase yo, para hacer reír un poco a sus amigos viéndome bailar de la copa de un árbol.

—No; contra usted no tenían nada; sólo era contra mí.

—Naturalmente. Yo estaba allí de visita, ¿no es así?

—Bueno, Jack, no discutamos; no pretendo glorificar mi acción… Ya le digo que estaba loco. Usted no sabe lo que después he estado lamentando el hecho.

—Ya veo que se ha puesto de luto por mí.

—No sea irónico, Jack. Le juro que, en medio de todo, me he alegrado infinito descubrir que se ha salvado.

—Sí, era muy fácil, con el enemigo encima y un bonito tiro en la espalda. Allí le hubiese querido ver a usted, a ver qué hacía.

—No lo sé; quizá me hubiesen cazado.

—Claro; hacía falta corazón para arrojarse a la torrentera manando sangre y sin saber lo que le esperaba a uno abajo. Fué algo encantador.

—Bien, lo reconozco. Es usted un hombre de recursos, y lo sentí, porque me hubiese sido muy útil. Aun ahora, si acepta mis excusas, podemos llegar a un acuerdo. Yo sé reconocer mis errores y compensar a la gente cómo merece.

—¿Sí? ¿Cuántas onzas de plomo voy a ganarme ahora?

—Ninguna, Jack, se lo aseguro. Al contrario; va a ganar usted muchos miles de dólares. Usted sabe que puedo dárselos.

—Yo sé muchas cosas. Usted paga muy bien. Aquí nos escucha quien ha estado a punto, de ser recompensado como yo.

—¿Lo dice por este viejo imbécil? Tenga en cuenta que, si me ha

servido, lo hizo a la fuerza y acechando la ocasión de eliminarme. Ya le ha visto; me estaba esperando ahí dentro con un revólver preparado.

—Y usted a él con un ramo de flores.

—Es que había adivinado su propósito. Le había prometido pagarle bien y dejarle marchar, y él, en cambio…

—No me cuente cuentos. Usted no estaba dispuesto a dejarle ir. Temía que pudiese facilitar una pista para perseguirle y le estorbaba. He visto todo, oculto detrás de aquellas piedras. Le entregó usted la muchacha para obligarle a entrar, y disparar al salir sobre él.

—Bueno; aunque así fuese, él no era un adicto.

—¡Si llega a serlo como yo!…

—No ironice. El momento es serio. Le repito que me arrepiento de lo sucedido y que estoy dispuesto a compensarle de los sufrimientos. Después, tengo grandes proyectos, en los que participará usted como siempre. Le prometo que en poco tiempo será rico, y, en cambio, si por vengarse se deshace de mí, ¿qué obtendrá?

—Una pequeña satisfacción, lo reconozco, pero el corazón humano es muy vanidoso.

—Deje la vanidad y acepte el dinero. Con la vanidad se muere uno de hambre; con el dinero se obtienen muchas cosas agradables.

—Me está usted conmoviendo, señor Zenker. Creo que voy a romper a llorar de emoción.

—¿No quiere creerme?

—Tendré que hacerlo. Invoca usted unas razones tan poderosas, que me veré obligado a rendirme. ¿Qué había dicho que me ofrecía como compensación?

—No he señalado cifra; pero si usted señala una razonable, la aceptaré.

—Mal asunto. Lo razonable para mí, no puede serlo para usted. Dígame algo.

—Pues bien, creo que veinticinco billetes de mil dólares…

—¡Psh! Eso a cambio de las dos onzas de plomo recibidas, acaso sea aceptable. Ahora, fijemos precio al susto de caer a la torrentera, al peligro que corrí en ella de desangrarme, a la exposición que sufrí de helarme en el agua, etc.

—No sea usted tirano. Creo que esa cifra…

—No me sirve. Deme otra más alta.

—Bien, pongamos cinco mil dólares más.

Jack rio divertido, y luego, poniéndose trágicamente serio, exclamó:

—Vamos a ver si nos entendemos. ¿En cuánto tasaría usted su vida?

Zenker, después de un momento de duda, repuso:

—No sé… Eso es muy elástico; pero no todas las vidas valen lo mismo.

—Quizá para usted no; pero para el interesado sí. Me refiero a la suya propia.

—No puedo ponerla precio.

—Porque no lo tiene, ¿verdad? Eso me pasa a mí, pero ahora no se trata de tasar la mía, sino la de usted, que está en mis manos. Renuncio a las compensaciones y le vendo sencillamente su vida. Dígame cuánto paga por ella; si me conviene, se la cedo, y, si no, me desharé de ella como usted quiso deshacerse de la mía, y en paz.

Zenker palideció. No había sospechado en las sutilezas de Jack, ni que cambiase las tornas para ponerle en tal disyuntiva.

Por fin, tragando saliva, dijo:

—Puedo ofrecerle una cantidad más elevada, pero usted sabe que el dinero no lo llevo encima.

—Claro que lo sé; pero, de momento, necesito todo lo que lleve en la cartera, y después… ya estudiaremos una mayor suma.

—Es que si le doy todo, no podré terminar este asunto. Si espera, yo le prometo cien mil dólares cuando salgamos de aquí y lleguemos a sitio donde yo pueda retirar dinero.

—Bueno; primero quiero saber lo que lleva sobre sí… Lo otro es muy problemático, y yo he aprendido mucho para no fiarme ya ni de mi sombra.

Aprovechando que Zenker se encontraba indefenso, le registró concienzudamente, apoderándose de cuanto guardaba en su cartera. En ésta descubrió una importante cantidad en billetes, así como una carta de crédito para extraer dinero a un nombre inventado, en los principales bancos del Oeste.

—Bueno —dijo—; veintidós mil dólares no es mucho, pero es algo positivo. Los tomo como adelanto.

Zenker rugió:

—No seas asno, Jack. Si te quedas con eso, yo no podré moverme para terminar este asunto ahora que está casi concluido. Déjame ese dinero, y yo te prometo…

—No siga, patrón. A usted ya no le va a hacer falta ese dinero para nada, se lo aseguro yo.

Zenker sintió un estremecimiento de angustia que le sacudió la medula como un latigazo. Comprendía que su ex aliado se había estado mofando de él, para terminar por llevar a término su venganza después de hacerle concebir la posibilidad de un arreglo.

Rugiendo, exclamó:

—Eres un bestia asqueroso, que ni cuidar de tus intereses sabes. Dejándome libre, tendrías eso y mucho más. Matándome, sólo tendrás eso.

—Esto y… la satisfacción de haberme cobrado su sucio proceder. Va usted a morir, pero no crea que va a morir de forma rápida y feliz, sino consumido minuto a minuto por todos los tormentos del infierno. Yo también sé hacer muy bien las cosas.

El barbudo dentista, que había asistido silencioso a la trágica entrevista, se sentía asqueado de aquella escena. Comprendía que ninguno tenía nada que echarse en cara y que cualquiera que triunfase de los dos sería cruel e implacable con el otro.

La incógnita era resolver lo que iba a suceder con las muchachas y con él mismo. Ya sabía que, de haber triunfado Zenker, él estaba destinado a morir para borrar un testigo peligroso; pero ¿qué sucedería ahora que el que triunfaba era el otro?

Contaba con un pequeño revólver. No era mucho, pero sí algo para su defensa. Estaría alerta, y si observaba la más leve intención de ser tratado como había querido ser tratado anteriormente, al menos vendería cara su vida.

Jack, decidido a no perder tiempo, se volvió al dentista, diciendo:

—Ayúdeme a meter esta carroña ahí dentro.

—Están las muchachas. ¿Lo ha olvidado usted?

—No; ahora las sacaremos.

El dentista tomó a Zenker por los pies y Jack por debajo de los brazos. El ex secretario rugía como un condenado, insultando ferozmente a su enemigo, pero éste reía siniestramente, afirmando:

—Desahóguese, mi querido jefe. Pienso dejarle libre de gritar cuanto quiera hasta que se le escape el último aliento.

Jack se había quedado tenso mientras hablaba; había estado barajando ideas futuras, que tenía que llevar a la práctica, para redondear aquella suma insignificante que había conseguido, y sólo podía lograrla a costa de las muchachas.

Sus planes estaban ya trazados. Se las llevaría en el carricoche del dentista y las canjearía por una suma fuerte que alguien pagaría por ellas; pero para intentarlo ni quería socios, ni testigos, ni estorbos, y el infeliz dentista era para él un estorbo como lo había sido para Zenker.

Tomando una rápida decisión, señaló un rincón de la cabaña, donde depositaron el cuerpo del prisionero; pero, apenas el barbudo había soltado su carga, cuando Jack, esgrimiendo rápidamente el revólver, lo dejó caer sobre su cabeza, asestándole un golpe que le hizo caer a tierra sangrando y privado de conocimiento.

Sonrió satisfecho en medio del pánico de las dos infelices muchachas, y, dirigiéndose a ellas, exclamó:

—No se asusten, señoritas, que no les va a suceder nada, se lo prometo. Sus vidas tienen un precioso valor para mí, que yo aprecio hondamente, pero estos tipos me estorban para poderles ofrecer la libertad que tanto ansían, y no es cosa de que vuelvan a interponerse en su camino.

Vera, esperanzada al oírle, exclamó:

—Este infeliz no cometió mal alguno con nosotras. Al contrario, trataba de defendernos.

—No lo crean; a última hora mi patrón le había convencido de que le sirviese, prometiéndole una fuerte suma; no se preocupen por él.

Cortó las ligaduras de ambas y les ayudó a salir a la explanada.

Tanto Vera como Stella respiraron el fresco aire que soplaba en las alturas. Les parecía mentira verse libres de traba, y con su más despiadado enemigo reducido a la impotencia.

Pero la situación no había cambiado fundamentalmente.

Habían salido de unas garras, para caer en otras, pues aquel tipo que había sido el brazo derecho de Zenker no trabajaba en su favor por amor al arte, ni hacía las cosas sin fundamento egoísta.

Necesitaba saber cuáles eran sus planes, y, con la decisión que le

caracterizaba, Vera preguntó:

—¿Quiere usted decirme qué se propone ahora?

—Pues, muy sencillo: tratar con ustedes lo que no he podido tratar con ese tipo.

—¿En qué sentido?

—A ustedes les interesa su libertad, estaban dispuestas a comprársela a Wolff cuando les retenía en sus manos. Hoy las cosas han cambiado y están en las mías. Cómprenmela a mí y lo, mismo les da.

—¿Qué garantías voy yo a tener con usted? Usted fue quien nos raptó y quien ha servido a mi marido. No es usted mejor que él.

—Algo, sí; él tenía interés en deshacerse de usted, y yo no, a menos que sea su gusto. Necesito una cantidad para retirarme tranquilamente, y ustedes poseen mucho dinero. Páguenme el rescate dignamente, y les prometo devolverlas donde me indiquen.

—¿Qué quiere usted cobrar?

—Su marido me ofrecía cien mil dólares por su vida y un porvenir brillante, y los he rechazado. Necesito doscientos mil.

—¿Nada más? —preguntó con ironía Vera.

—¿Le parece mucho? Si es así, estoy dispuesto a tratar con su marido sobre esa cifra.

Vera adivinó que el bandido era capaz de hacerlo, entregándoles de nuevo en manos de aquel ser cruel y despiadado, y exclamó:

—Bien; puede ser que esté dispuesta a aceptar la cifra, siempre que haya una garantía que nos ponga a cubierto de una traición.

—¿Qué traición puede haber? Ustedes no me sirven para nada, y el dinero sí.

—En ese caso, escuche. Por algún lugar de estos contornos nos están buscando, usted lo sabe. El capitán Texas es hombre capaz de remover la tierra en nuestra busca, y esté seguro de que si le alcanza en el camino le destrozará, por ser uno de los principales causantes de nuestro rapto. Nos va a llevar directamente al rancho de Texas, donde recibirá el dinero. Allí está mi padre, que pagará en el acto. Antes de salir, dejaremos aquí un escrito advirtiendo a Jim que nos dirigimos allí sanas y salvas en su compañía y que usted responde de nuestras vidas; así, si nos alcanza, se librará usted de recibir cinco balas en la cabeza.

—¿Usted cree que respetará el pacto? —preguntó escamado Jack

—. ¿No tratará de vengarse en mí cuando sepa que ya no corren ustedes peligro? Es verdad que yo intervine en el rapto, pero usted reconocerá que sin mi intervención, a estas horas estarían ustedes en sus garras.

—Le doy mi palabra de honor de que respetará el compromiso.

—En ese caso, estoy dispuesto a emprender ahora mismo la marcha. Prefiero llegar al rancho con ustedes, antes de que él nos alcance, y recibir el dinero de manos de su padre. Es lo más seguro.

Se dirigió al carromato y lo revisó, asegurándose de que podía rodar sin deshacerse momentáneamente. Luego, penetró en la cabaña y recogió los víveres que Zenker tenía reservados para una larga estancia.

Zenker, rabioso, le colmó de insultos, pero el rufián, riendo, exclamó:

—Bueno, patrón, le dejo ahí para que se consuma lentamente. Espero que aún viva seis u ocho días para meditar en lo desacertado que estuvo disparando sobre mí a traición, y luego se muera plácidamente, aceptando su muerte como un justo premio; pero si así no es…, quizá le dé tiempo a su querido enemigo, el capitán Texas, a descubrir el refugio, y en ese caso… espero que el encuentro sea tan conmovedor que los dos lloren de alegría al darse un cordial abrazo.

Antes de marchar quiso asegurarse de que el dentista no sería un elemento metido a cuña en sus negocios, y, amarrándole tan reciamente como a Zenker, le dejó sobre una de las yacijas desangrándose.

Luego salió, atrancó la puerta con la enorme viga, y, dirigiéndose a las dos jóvenes, ordenó:

—Monten en el coche, hagan el favor. Nos vamos.

Vera, antes de partir, quiso dejar el avisó, y como carecía de útiles para escribir, con una rama medio quemada trazó unas palabras sobre el tablón de la puerta, advirtiendo a Texas de su marcha, y el carromato empezó a rodar cuesta abajo hacia el cañón.

CAPÍTULO IX

Desesperación y energía

ZENKER, bramando de furor y de miedo, impotente sobre su yacija, captó el chirriar de las ruedas del carretón alejándose de la explanada, y comprendió que todo había terminado para él, a menos que se realizase un milagro para salvarle.

Pero como no era hombre que se dejase acobardar ni vencer sin lucha, decidió, pese a lo angustioso de su situación, pelear por su propia vida. Estaba condenado a morir, bien de inanición, bien a manos de su mortal enemigo, si éste lograba descubrir el refugio, y cualquier tormento, por angustioso que fuese, le resultaría dulce comparado con la muerte.

No podía contar con ayuda de nadie; incluso aquel viejo barbudo, que le había servido para salvarse una vez, se hallaba tan impotente como él, aparte de que ahora le conocía mejor y no hubiese hecho nada por ayudarle a salvarse.

Tenía que confiar en sus propias fuerzas, muy pobres y muy restringidas, pero poseía un coraje indomable, que siempre tenía un valor.

Rodando como una pelota por el piso de tierra de la cabaña, buscaba algo que le sirviese para intentar limar sus ligaduras. Todo se lo había llevado Jack, y no era fácil encontrarlo, pero debía

hacerlo, como debía intentar las cosas más absurdas.

La luz del sol, bastante alto, se filtraba por los pequeños respiraderos, iluminando relativamente el lóbrego interior de la choza, y fue precisamente la luz del sol quien vino a ayudarle milagrosamente para intentar lo que tanto desesperaba de conseguir.

Al girar desesperado de un lado a otro de la cabaña, un destello brillante hirió su vista al dar una de las vueltas, y, volviendo sus alocados ojos hacia el lugar donde había captado el brillo, descubrió algo que hizo latir su corazón con inusitada violencia.

A un lado de la yacija que había ocupado Vera, brillaba el acero de un pequeño cuchillo. Era el que la joven se apropió cuando registró la maleta de la ropa, y que había conservado oculto en su pecho durante muchas horas, junto con el revólver que entregó al dentista.

Sin duda, al ser arrojada en la yacija, se salió de su escondite, y la joven no se dio cuenta de ello, o luego lo olvidó y no se acordó de recogerlo.

Aquel cuchillo podía ser su salvación; tenía que serlo; pero lo difícil era poderlo manejar para cortar sus ligaduras.

Luchando con éstas, que le impedían muchos movimientos, se acercó al arma, consiguiendo tomarla entre sus dientes por el mango, y con él aprisionado en la boca, se escurrió hasta uno de los rincones de la choza.

Hiriéndose los labios, que le sangraban copiosamente, y tras terribles y hábiles esfuerzos, consiguió colocar el cuchillo con el mango sujeto entre el ángulo del rincón con el filo hacia arriba.

Se colocó de frente, y, estirando las piernas, consiguió ir rozando las cuerdas que ataban sus tobillos hasta serrarlas.

Fué una tarea angustiosa, difícil, agotadora y a veces hasta casi imposible, pero el ansia de vivir hacía milagros, y, apurando toda su sensibilidad, consiguió su objeto.

Cuando se vio libres los pies, se incorporó sudoroso, desencajado y con los nervios en tensión. Había realizado un esfuerzo tan terrible, que parecía que ya no iba a poseer energías para más.

Lo que había conseguido no era nada. Le faltaba librar sus manos, y tenía que conseguirlo como fuese.

Después de una honda meditación y de ensayar diversas

posturas, apeló a una que le hubiese acreditado como un elemento de atracción de un circo. Después de vanos intentos, consiguió sujetar el mango del cuchillo con los talones erectando la hoja hacia arriba, y cuando lo consiguió se colocó de rodillas.

Sus brazos atados a la espalda rozaron la afilada hoja sujeta por sus nerviosos talones, y aunque la falta de visual le hizo rozar con la carne más de una vez el corte, las cuerdas de sus manos terminaron por ser cortadas, como habían sido cortadas las de sus pies.

Un grito de triunfo se estranguló en su boca, y, vencido por el esfuerzo, se dejó caer en tierra, aullando como un animal.

Por fin logró serenarse y ponerse en pie. Ya tenía libres sus remos. Estaba hecho una pena, sangrando por los labios y las manos, pero sólo eran heridas superficiales que en nada restaban energías a su cuerpo.

Únicamente le faltaba abandonar la cabaña, y, cuando lo intentó, un nuevo rugido de desesperación acudió a su boca.

Jack había dejado la puerta atrancada. Zenker sabía, por ser el autor de la obra, que aquella tranca era difícil de forzar, y una angustia infinita se apoderó de él al ponderar que, después de los sufrimientos sobrellevados para librarse de las trabas que le aprisionaban, toda su labor resultaba estéril.

Nada le habían dejado con que forzar la puerta, ni las paredes construidas con gruesos troncos empotrados en tierra y enlazados con ramas delgadas, pero fibrosas. Aquello era una fortaleza que le aprisionaba como si fuese una jaula de hierro.

Levantó los ojos al techo con desesperación infinita, y una luz de esperanza brilló en sus crueles pupilas. El techo no era tan sólido. Lo había construido solamente para preservar el interior de la lluvia, pues no consideraba a las mujeres con facultades para escalar las paredes y ganar aquella altura.

Haciendo un llamamiento, a todas sus ya escasas energías, se entregó a la tarea de poder escalar la pared para llegar al techo. No era labor muy fácil, pues los troncos no estaban colocados diagonalmente, sino a lo alto, pero poseían nudos y algunas de las ramas que los enlazaban servían de punto de apoyo.

Sudando copiosamente, destrozándose las manos y la ropa, dio comienzo a la ardua tarea de ascender los tres metros y medio de altura de una de las paredes, y, después de haber fracasado dos

veces, cayendo a tierra desde una regular altura, consiguió afianzarse en la parte alta y empezar a remover el entramado del techo por su parte posterior.

Esta labor agotadora la realizaba con el oído siempre atento, esperando de un momento a otro ser sorprendido por la llegada de su feroz enemigo.

Por fin consiguió abrir un boquete en la trama del techo e, izándose con dificultad, alcanzar la salida.

Más que un suspiro, fue un rugido lo que se escapó de su pecho al contemplar el cielo azul y el sol que se batía en derrota por los picachos de los montes. Había ganado su libertad a costa de cruentos esfuerzos, y aún había que contar con él para las partidas finales.

Descendió a la planicie. Nada había quedado que pudiese considerar útil. Solamente contaba con el cuchillo liberador, pero se encontraba en las entrañas del monte, sin alimentos, sin agua, sin armas y destrozado; pero poseía una voluntad de hierro, y con ella remontaría las terribles dificultades que le esperaban.

Se acercó al reborde de la planicie a echar un vistazo al paisaje, y un rugido de desesperación brotó de su reseca garganta. Abajo, a sus pies, ganando los tortuosos senderos que conducían al refugio, avanzaba un pelotón de jinetes, y su aguda vista reconoció al punto la altiva silueta de Texas y la obesa figura de Nino.

Bramando como un toro herido, miró aterrado a todas partes. Su precaria libertad estaba a punto de perderse para siempre, así como su vida, y un acceso de locura se apoderó de él.

Tenía que escapar a todo trance, no sabía cómo, pero debía hacerlo o morir, y en su angustia recorría la explanada preguntándose cómo lo conseguiría.

El tiempo apremiaba y no encontraba la solución, hasta que, viéndose perdido, apeló a un recurso extremo.

A un lado de la explanada, junto a un agudo declive que iba a morir a un claro rodeado de arbustos, se erguía un hacinamiento de pedruscos, Dios sabía por qué fenómeno geológico, y como un recurso supremo, sin confiar mucho en él, decidió esconderse en los pedruscos.

Se arrastró por entre dos que formaban una estrecha cavidad y se ocultó en ella angustiosamente, tirando de otra piedra aislada

para que sirviese de tapón al orificio. Si la suerte le ayudaba, durante la noche podía escurrirse de su refugio, arrastrarse por el declive y buscar otro asilo en las quebradas hasta que sus enemigos desapareciesen de allí.

Confiaba en que, cuando descubriesen la cabaña vacía, se lanzasen en pos de las huellas del carromato persiguiendo a Jack y le diesen un respiro para abandonar el monte y llegar a lugares habitados.

Respirando ahogadamente, permaneció sin mover un solo músculo durante un buen rato, que a él se le antojó una eternidad, hasta que, por fin, un rumor de cascos que avanzaban pausadamente le anunció la inmediata llegada de sus perseguidores.

En efecto, Texas, después de un rastreo agudo y penoso, había localizado huellas, que le fueron conduciendo por los senderos áridos hasta la explanada donde Zenker había construido el refugio.

Cuando localizaron la senda, descubrieron marcadas perfectamente las huellas del carretón, y, sin pararse a comprobar que éstas eran de descenso, se lanzaron hacia la explanada con los revólveres en la mano y el corazón palpitándoles locamente de angustia.

Texas, que fue el primero en coronar la altura, se encaró con la puerta, comprobando que estaba atrancada desde fuera, y una terrible desilusión se apoderó de él, pues aquello indicaba que dentro no había nadie.

Antes de avanzar, ordenó:

—Registren todos los alrededores, aunque presumo que será inútil. Esa puerta…

Avanzó, descubriendo el aviso de Vera. Toscamente, ésta había escrito:

«Nos llevan al rancho en un carretón. 200 000 dólares es el rescate pedido. Zenker queda preso en la cabaña».

Texas, al leer el escrito, levantó la tranca con ira y penetró

impetuoso con el revólver en la mano. A la rojiza luz del sol descubrió un bulto que se quejaba en una yacija, y, apuntándole, gritó:

—¡Por fin, Zenker, este es el día…!

Pero se detuvo al observar que no se trataba del astuto secretario, sino de un tipo barbudo que chorreaba sangre de la cabeza y gemía angustiado.

A gritos llamó a Nino, quien acudió presuroso, y entre ambos sacaron al exterior al dentista.



Éste presentaba una extensa herida en la cabeza, cerca de la sien, pero había recobrado el conocimiento.

Nino le reconoció al punto.

—¡Maldita sea Jalisco!… —rugió—. ¡Si éste es el tipo que guiaba el carretón maldito de allá abajo!…

Texas, rabioso, le aplicó el revólver a la sien, rugiendo:

—Hable, cuéntenos todo y dígame dónde están las muchachas, o le deshago los sesos ahora mismo.

El dentista, realizando un esfuerzo, hizo un relato de todo lo sucedido hasta el momento en que Zenker quedó trabado en la yacija y Jack le aplicó el terrible culatazo en la cabeza.

—¿Y no sabe usted qué ha sido de él?

—No; pero… ¿se han fijado ustedes en el interior de la cabaña?

—No. ¿Qué sucede?

—Vean el techo. Está roto. Sospecho que ha podido escapar por allí.

Texas realizó un registro, descubriendo las cuerdas cortadas y el agujero en el techo.

—¡Maldición! —rugió—. Hemos llegado demasiado tarde. Ese hijo del diablo es un reptil escurridizo. Se ha escapado cuando su cómplice lo había dejado para que nos hiciésemos cargo de él. Ahora, Dios sabe dónde estará.

—Le buscaremos —dijo Nino con energía.

—Sí, pero urge más encontrar a las muchachas. Estoy más tranquilo al saber que ese bandido, por ganar el rescate, las respetará. De todas suertes, hay que alcanzarlos; después… será el momento de dedicar todos nuestros esfuerzos a dar caza a ese coyote.

Texas hizo curar al dentista, asegurándole:

—No pase cuidado; comprendo que obró bajo la presión del revólver de ese maldito; pero, a fin de cuentas, gracias a su inesperada intervención y a su carro, las muchachas se han salvado. Vendrá con nosotros, y yo le indemnizaré para que se compre otro vehículo.

—Preferiría que me diese usted los huesos de esos malditos, para inventar un preparado contra el dolor de muelas. Lo agradecería más.

—Iba usted a envenenar a sus clientes…

La tarde moría rápidamente, y el peón que les había servido de guía advirtió:

—Creo que, estando como está usted tranquilo respecto a la seguridad de las muchachas, era preferible pasar aquí la noche y esperar la salida del sol. El camino es peligroso, y, no sabiendo por dónde se dirigen, corremos el peligro de no localizar sus huellas y seguir senderos distintos. De día podemos alcanzarles, ya que nuestros caballos son mucho más rápidos que los que tiran del carretón.

Texas ponderó el razonamiento, y, aunque de mala gana, aceptó la propuesta. No quería malograr la caza por una impaciencia que podía serles perjudicial.

Dio orden de preparar el campamento para aquella noche, y

Nino, velando por los caballos, les hizo descender por la pendiente al claro, donde, además de estar seguros, podían triscar la seca hierba que allí había.

Dos peones encendieron fuego y prepararon una buena cena; llevaban galopando muchas horas y sentían un formidable apetito.

Por vez primera Texas comió sin grandes preocupaciones.

El tener la seguridad de que Stella y Vera vivían y no se hallaban en manos de su mortal enemigo, le había reanimado.

Zenker, entre tanto, medio ahogado en aquel nido de reptiles, aspiraba el olor del tocino frito, sintiendo vahídos de verdadera hambre, pero se daba por contento de no haber sido descubierto y de que sus enemigos pasasen allí la noche. Su posición era bastante favorable y había formado un plan que, de salirle bien, iba a causar a Texas una sorpresa terrible.

Los peones, después de cenar, fumaron sus pipas con fruición y charlaron un buen rato, comentando las incidencias de la jornada. A todos se les había calmado el terrible nerviosismo de creer en peligro de muerte a las prisioneras y ya no temían por sus vidas.

Texas, destrozado de tantas horas en vela, aceptó una de las yacijas de la cabaña para dormir unas horas, y Nino, tan cansado como él, se dispuso a imitarle, pero antes, por precaución, dejó un hombre de guardia a la entrada de la vereda, por si sucedía algo imprevisto.

Era media noche, cuando todos, menos el vigilante, dormían en el campamento, y una hora más tarde, cuando Zenker estuvo seguro de que no podía ser sorprendido, con infinitas precauciones apartó la piedra que cubría su cubil y reptó hacia fuera levemente.

Las sombras le favorecían. Los hombres de la partida dormían diseminados, y aunque no lejos de allí distinguió confusamente dos bultos tumbados, no alcanzaban a controlar la zona sombría de las piedras.

Amparándose en ellas, y sin incorporarse, siguió arrastrándose con infinitas precauciones. Estaba jugando una trágica y decisiva partida, y cualquier imprudencia podía ser su perdición.

Por fin, alcanzó el reborde del declive que se deslizaba hacia el lugar donde los caballos habían sido reunidos, y como un lagarto fue descendiendo hasta llegar al claro. Allí nadie podía verle, pues el vigilante se hallaba al otro lado, cuidando de la senda, y

sonriendo siniestramente se dispuso a maniobrar.

CAPÍTULO X

Zenker pierde su última baza

EL lugar era sombrío. La luz de las estrellas, le ocultaba perfectamente a miradas indiscretas, en el caso de que alguien se asomase desde el reborde de la explanada; pero, a pesar de ello, la luz era suficiente para permitirle entregarse a una faena que llevó a cabo sin nerviosismo ni arrebatos.

Examinó los caballos, eligiendo uno excelente, y con el cuchillo que conservaba cortó una manta en trozos, trabándole con ellos los cascos para que caminase en silencio, no denunciando su fuga.

Cuando lo tuvo preparado, requisó el resto de las monturas. No descubrió arma alguna en ellas, pues los peones conservaban sus revólveres en los cintos, pero sí un par de lazos y una pequeña lata que encontró en una de las sillas.

Ignoraba lo que contenía, pero por si era algo útil se la apropió.

Luego tapó el morro del caballo para que no relinchase, y, tomándole de la brida, le obligó a caminar por entre la espesa vegetación, alejándose del lugar donde se hallaban sus compañeros.

El terreno era peligroso. Se trataba de un declive pronunciadísimo por el que había que deslizarse con suma precaución para no rodar al fondo, pero con paciencia logró ir descendiendo, hasta alcanzar el fondo de un pedregoso barranco

cubierto también de toda clase de plantas salvajes.

Sorteando los obstáculos avanzó por él hasta situarse muy por bajo de la entrada a la senda, y, dando un rodeo por entre un chaparral, pudo por fin pasar al lado contrario e internarse por el camino ya conocido que le había servido para llegar allí cuando verificó el rapto de las dos jóvenes.

Ahora sabía por dónde se movía, y confiaba en poder ganar el suficiente terreno para no ser alcanzado, cuando de madrugada echasen en falta el caballo y se diesen cuenta de su fuga.

Y rugiendo de alegría al ponderar la suerte que le estaba acompañando en medio de los horribles peligros corridos, libró las patas del caballo de sus trabas, montó en la silla y, espoleándole, se lanzó por el sendero enquistado, tras las huellas del carretón del dentista, pues confiaba en poder alcanzarlo antes de que Texas pudiese darle alcance a él.

* * *

Pero en el mundo siempre hay que dar un margen a lo imprevisto para no confiar en los más afinados planes, y así algo fortuito hizo que su fuga se descubriese una hora más tarde.

La espesa maleza albergaba toda clase de elementos propios de aquella flora silvestre, y así un mortífero reptil, deslizándose por la maleza, alcanzó la pata de un caballo, a la que se enroscó, clavándole sus agudos y mortales dientes.

El animal, dolorido, relinchó rabiosamente, coceando con furiosa desesperación, y hasta consiguió en su desesperado cocear aplastar al reptil que le picara tan alevosamente, pero sus; relinchos contagiaron a sus compañeros, que le imitaron, formando un concierto que alarmó a todo el campamento.

Nino se levantó raudamente, y, seguido de dos peones, se lanzó por la pendiente al claro, armado de revólver, llegando al lugar donde se encontraban los caballos llenos de sobresalto.

Intrigado, examinó el terreno, hasta que, al posar el pie en tierra junto al infeliz caballo que seguía relinchando dolorosamente, pisó algo viscoso que casi le obligó a caer. Levantó el pie renegando y descubrió al reptil aplastado junto al caballo.

Pronto se dio cuenta de que se trataba de un crótalo.

El caballo no tenía salvación, y era más piadoso despenarle de un tiro.

Sin vacilar, le aplicó el revólver a la cabeza y le clavó cinco balas, matándole en el acto para que no sufriese una horrible agonía, y el disparo acabó de conmover a todo el campamento, cuyos componentes descendieron al claro.

Texas, alarmado, gritaba, preguntando qué sucedía, y Nino le calmó dándole cuenta del trágico percance, pero en aquel momento un peón se inclinó sobre la hierba, y, mostrando algo en la mano, preguntó:

—¿A quién se le ha caído este pañuelo? Está manchado de sangre.

Todos se registraron, no echando en falta aquel adminículo tan útil, y la alarma cundió al descubrir que no pertenecía a ninguno de la partida.

Esto les movió a verificar una requisa, y, al hacerlo, el peón que había guiado a Texas desde el poblado, lanzó un grito ronco:

—¡Mi caballo!… ¡Ha desaparecido mi caballo!

El aviso fue como un clarín de guerra llamando a la pelea. Todos se dieron cuenta rápida de que alguien había estado maniobrando con los caballos mientras dormían, cosa que acababa de corroborar aquel pañuelo manchado de sangre, y Texas, adivinando la verdad, rugió:

—¡Somos unos imbéciles! Ese chacal estaba aún escondido por aquí cuando hemos llegado, y le hemos dejado escapar idiotamente…

—¡Pero si registramos todo!… exclamó Nino. —¡Maldita sea Sonora! ¿Dónde podía estar?

—¡Quién sabe! Él conocía esto, y nosotros no. Ha esperado a que durmiéramos para apropiarse un caballo con el que huir; no podía hacerlo sin montura. Hay que alcanzarle como sea y donde sea.

Todos se apresuraron a subir los caballos a la explanada para prepararlos para la marcha. Allí se echó de menos una manta y el bidón.

—Se ha llevado una manta y el petróleo —advirtió uno de los peones—. Lo llevaba yo en mi caballo.

—Bien, ya no hay duda. ¡Adelante! —rugió Texas—. Debe haber partido en pos del carretón, creyendo que tardaríamos varias horas

en descubrir su fuga. El camino a elegir es el de regreso; el vehículo se dirigía hacia el rancho.

Los dos peones desmontados subieron a la grupa de los dos jinetes que poseían monturas más resistentes, y toda la cuadrilla partió velozmente sendero abajo, en busca del camino que regresaba hacia el Este.

Se iba a entablar una loca y trágica carrera, en la que el triunfo sería del más veloz, y, en ella, el premio o el fracaso sería la vida de Vera y Stella.

* * *

El vetusto carretón del dentista había caminado durante las horas del día a un paso cansino, pero seguro. Los dos escuálidos caballejos, a pesar de su delgadez, eran duros y resistentes y tiraban del armazón de tablas con seguridad dentro de su paso lento y sosegado.

El terreno les favorecía en parte, porque iban descendiendo al otro lado de la montaña, y, así, Jack, que ardía en impaciencia por dejar atrás tan peligrosos lugares y acercarse al sitio donde un feliz albur le iba a convertir en hombre potentado, espoleaba al ganado con ahínco y le obligaba a dar de sí cuanto era posible.

Las dos muchachas, algo más tranquilas, viajaban en el interior de la carreta, tratando de reponerse de las fatigas y los sobresaltos de tan terrible jornada, y hasta habían devorado algunos fiambres de los que el bandido había depositado en la carreta.

Stella, más sensitiva que Vera, suspiraba de continuo y no podía ocultar las lágrimas que acudían a sus ojos, hasta que Vera preguntó:

—¿Qué te sucede, Stella? ¿Acaso no estás contenta del resultado final?

—Sí, Vera; hemos tenido suerte en medio de la desgracia. Nos hemos librado de las garras de ese monstruo, y estoy casi segura de que esta vez ha terminado su carrera de crímenes; pero estoy inquieta por Texas. Sé que anda perdido por esa montaña, y Dios sabe lo que puede sucederle, además de que me figuro la angustia que estará sufriendo al no saber nada positivo de nosotras.

—Pero, querida, nada podíamos hacer para encontrarle. Este

hombre no se hubiese avenido a esperar o a buscarle; le corre mucha prisa el dinero y no enfrentarse con él. De todas formas, si logra descubrir el refugio, leerá mi aviso y quedará tranquilo. Yo no pierdo la esperanza de que aún nos alcance antes de llegar al poblado donde os casasteis; pero, si así no fuera, cuando arribemos a él haré que una docena de buenos peones regresen aquí en su busca y lo traigan. No veo motivo para estar inquieta.

Stella se sentía reconfortada con las razones de su prima y cesaba en sus llantos y suspiros, entregándose a hondas meditaciones, mientras el carretón seguía rodando entre tumbos y crujidos guiado por la mano nerviosa de Jack.

Cuando llegó la noche se habían separado bastante del lugar de sus desventuras, pero los animales acusaban la dureza de la jornada y precisaban descanso.

Tampoco era prudente continuar adelante de noche, por temor a los accidentes del terreno, y Jack decidió, aunque contrariado, hacer un alto en la jornada.

Se apartó de la senda y buscó un lugar propicio donde detener el vehículo y formar el campamento, encontrándolo en una pequeña pradera rodeada de peñascales que se abría a su derecha.

Metió en ella el vehículo, desenganchó los caballos, dejándoles que se alejasen buscando donde triscar la hierba, y se dispuso a preparar una buena cena.

Para ello encendió una hoguera rodeada de piedras y colocó una sartén con manteca y unos trozos de tasajo. Luego frio jamón, amasó con harina un par de tortas y abrió un par de latas de conservas, poniendo agua a cocer para el café. Jack era un sibarita, y la satisfacción que le embargaba por el negocio que iba a realizar le había abierto un gran apetito.

Repartió entre las muchachas su correspondiente parte y les sirvió café. Cuando concluyeron la cena, encendió la pipa y advirtió:

—Creo que pueden ustedes dormir unas horas. No podemos caminar de noche por temor a despeñarnos, y hasta que salga el sol no reanudaremos la marcha.

—¿No habrá peligro? —preguntó Stella, inquieta.

—¿De qué? Mi amable ex patrón no creo que esté en condiciones de venir a buscarnos para pedirnos cuentas, y, aunque

lo estuviera, yo tengo tres revólveres en el bolsillo, y él carece de armas; pero, no teman; quedó bien amarrado; y si sus amigos llegan a registrar la cabaña, sospecho que no le van a desatar y a facilitar un caballo para que salga en nuestra persecución. Jack sabe hacer las cosas, muy bien.

Las muchachas, tranquilizadas, se dispusieron a dormir dentro del carruaje. Aunque no les inspiraba confianza alguna el forajido, confiaban en que la golosina del precio del rescate le haría comportarse dignamente.

Se encerraron en el vehículo, y Jack se dispuso a pasar la noche en la pradera. Hacía calor, aunque soplaba una fuerte brisa, y como no temía ningún ataque de su enemigo, se propuso dormir también unas horas.

Amontonó hojas secas cerca de la carreta y se sentó, con la cabeza apoyada en un costado del carruaje. No quería entregarse al sueño con la mayor comodidad, por si sucedía algo imprevisto.

Sus exaltados pensamientos le tuvieron en vela mucho tiempo. Una visión futura de las cosas que podría realizar con una cantidad tan fantástica llenaban su cerebro, y la exaltación que este panorama le producía había ahuyentado casi el sueño de sus párpados.

Pero, ya avanzada la noche y acariciado por la fresca brisa que bajaba del monte, se fue rindiendo al cansancio. No dormía intensamente, pues de vez en vez abría los ojos y se daba confusa cuenta de lo que le rodeaba, pero sufría vacíos de inconsciencia, en los que, con los párpados caídos, ni se daba cuenta de su situación.

* * *

Zenker había caminado toda la noche a un trote muy vivo por un sendero que casi le era familiar.

Cada yarda que avanzaba constituía un alivio para él. Iba dejando rezagados a sus enemigos y se iba acercando a sus víctimas, pues confiaba en que su velocidad, superior a la del carro, le permitiría darles alcance antes de que llegasen al poblado.

Lo único que le inquietaba era la carencia de armas para poder atacar a Jack. Conocía sobradamente bien a su ex auxiliar, para no darle el valor que poseía, y sólo la astucia podía llevarle a dominar

una situación que por la fuerza seria vano.

Pero no podía forjar ningún proyecto por anticipado. Antes tenía que darles alcance, estudiar su posición, comprobar si existía alguna posibilidad de ataque por sorpresa para dominar a Jack, y después…

La senda se deslizaba serpenteando por entre los riscos y taludes, y aunque a veces tenía que coronar trozos en pina cuesta, otras descendía bruscamente, y de manera insensible se notaba que el camino iba abriéndose hacia la parte llana.

Era muy avanzada la noche, cuando, al coronar un repecho y echar un vistazo hacia la parte baja, descubrió a lo lejos, al lado derecho de la senda, el brillo débil de una hoguera, y su corazón palpitó con inusitada alegría.

El saberse casi aislado en aquella parte del monte le hacía adivinar que solamente Jack con su preciosa carga podía encontrarse por aquellos lugares. Era natural que el cansancio y el camino les hubiesen obligado a realizar un alto, y aquella hoguera, como un faro que le guiara hacia la venganza, le señalaba por anticipado la posición de su presa y le preparaba para evitarse el peligro de ser descubierto.

Refrenó la marcha del caballo y se deslizó por la senda a paso lento. No quería que el batir de los cascos del caballo, llevado por el aire, le denunciase antes de tiempo.

Cuando estimó que no era prudente seguir a caballo, desmontó, buscó un lugar propicio para trabar su montura antes de que se le escapase, y a pie fue bajando cautelosamente, amparado por las sombras, hasta irse acercando a la pradera, donde acampaba Jack con sus prisioneras.

Para no ser descubierto, se tumbó sobre la reseca hierba y avanzó cautelosamente. Distinguía la pareja de escuálidas cabalgaduras tumbadas en tierra, muy a la derecha del carretón, y éste, varado en el centro de la pradera, iluminado vagamente por los resplandores de la hoguera, que medio apagada aún conservaba un vivo rescoldo.

Esto le hizo dudar. Jack debía estar en vela, vigilando, y solamente convenciéndose de que estuviese dormido podía acercarse a él, sorprendiéndole, pues sus temibles revólveres le saludarían trágicamente si era descubierto.

Arrastrándose, dio la vuelta. Había concebido un plan preliminar para que no se le pudiesen escapar e iba a intentarlo.

Aprovechando la posición favorable, se arrastró hasta los caballos. Jack, recostado en el carro, no alcanzaba a verlos desde su observatorio, y así, con precaución, obligó a uno de ellos a levantarse, y con astucia infinita lo llevó lejos de allí, ocultándole en una hondonada.

Luego repitió la operación con el otro, y cuando quedó satisfecho al privarle de sus medios de locomoción, se dedicó a observar a su terrible enemigo, buscando la manera de sorprenderle.

Pero esto no parecía muy fácil. Jack dormía como las liebres, con un ojo abierto. Había dejado su pipa entre los dientes, y cada vez que se dormía la pipa se le escapaba, obligándole a despertar. Entonces, de un modo mecánico, la recogía, volvía a morderla y otra vez se dejaba medio vencer por el sueño.

Zenker, desde lejos, pegado a la hierba, le observaba, maldiciéndole. Estaba seguro de no poder atacarle por sorpresa, y esto le desesperaba.

Rabioso, se retiró hacia atrás, estudiando otro plan de ataque. Era un plan alocado, pero quizá pudiera darle resultado.

Montaría a caballo, se acercaría todo lo cauteloso que fuera posible, y, cuando estuviese cerca y se viese descubierto, lanzaría el caballo sobre él.

Quizá el animal recibiese algún tiro, pero si le atropellaba estaría en condiciones de caer sobre él y vencerle por la fuerza.

Volvió sobre sus pasos y se dirigió al lugar donde había dejado el caballo. Al tomarle, volvió la vista hacia atrás, y, al mirar a lo alto del camino, lanzó una terrible maldición.

En la cima del pino sendero por donde él había descendido, acababa de descubrir, recortándose sobre el azul del cielo, las siluetas de varios jinetes que coronaban la cumbre para iniciar el descenso. No dudó de que se trataba de sus perseguidores, y esta aparición echaba por tierra todos sus planes.

Ya no le quedaba más solución que huir para salvar el pellejo, pero tenerlo que hacer sin vengarse de su enemigo era cosa a la que se resistía.

De súbito, concibió un plan alocado. Tenía que obrar con

inusitada rapidez si quería ejecutarlo, pero era tal la rabia que le dominaba que no dudó en exponerse por realizarlo.

Tomó el bidón que había robado de uno de los caballos y lo destapó. Sabía que se trataba de petróleo y lo iba a usar de un modo siniestro.

Se acercó cuanto pudo al centro de la pradera, despreciando el peligro de ser visto por Jack, y fue derramando el petróleo en un círculo trágico alrededor al carretón. No hacía falta mucho para hacer arder la reseca hierba, y aquello contribuiría a levantar de súbito una barrera mortal en torno al vehículo, que quizá envolviese en llamas a sus víctimas antes de que nadie pudiese acudir en su auxilio.

Cuando hubo derramado todo el líquido, se apartó, prendió un fósforo y lo arrojó al petróleo, retirándose de allí en una desesperada carrera para alcanzar el caballo.

Una lumbrarada espantosa se alzó, corriéndose hasta formar un círculo dramático a unas cuantas yardas del carretón, y Jack, deslumbrado por el brutal incendio, despertó aterrado, emitiendo un terrible juramento.

De modo inmediato se dio cuenta del peligro. La salida estaba cortada, y el aire avivaba el incendio, que crecía a pasos agigantados.

Roncamente empezó a gritar, despertando a Stella y Vera, que al salir del carretón sufrieron una impresión terrible. Se daban cuenta del peligro, y, alocadas, no sabían qué intentar para librarse de la muerte.

De súbito, un caballo cruzó al galope por delante de las llamas. Jack se volvió, reconociendo al jinete, y descargó su revólver contra él, sin precisión ni poder comprobar el resultado, pero la visión se esfumó rápidamente, y sólo quedó la realidad del dramático cuadro que les envolvía.



Stella y Vera gemían aterradas, tratando de buscar una salida a aquel círculo mortal, y Jack, alocado, sin preocuparse de sus gritos, trataba de ponerse a salvo guiado por un brutal instinto de conservación.

El aro de llamas, aventado por la fuerte brisa, se cerraba mortalmente, y cada minuto que transcurría su situación se hacía más espantosa.

Perdido el control de sus nervios, giró la vista extraviada, buscando un lugar por donde atravesar aquel infernal brasero, y, saltando como un simio, intentó pasar al lado contrario.

Una terrible llamarada le cortó el paso, aferrándose a su ropa; el humo le cegó, haciéndole vacilar, y al saltar, ciego y aterrado, tropezó y cayó sobre las brasas, debatiéndose entre ellas entre impresionantes aullidos de agonía.

Las muchachas se llevaron las manos a los ojos para no contemplar el trágico cuadro, y sus alaridos se unieron a los del bandido, formando un aquelarre impresionante.

De súbito, apartaron las manos de sus rostros al captar un marcado rumor de cascos de caballos y gritos de aliento que surgían de la senda. A sus oídos llegaban, claros y alucinantes, sus nombres, pronunciados con voz ronca, y un gemido de angustia y de alegría

brotó de sus resecas gargantas al adivinar que aquel pelotón de jinetes que descendía como una tromba por la ladera pertenecía al grupo de Texas.

Levantaron los brazos en un infinito ademán de súplica, en el momento en que dos caballos, lanzándose por entre el terrible brasero, lo cruzaban bravamente, y dos jinetes, alargando los brazos, las asían por la cintura, elevándolas en el vacío.

Fué tal la impresión, que sus nervios destrozados no pudieron responder por más tiempo y perdieron el sentido en el momento de sentirse elevadas en el aire. Los dos jinetes, atravesándolas sobre las sillas, obligaron a sus aterrados caballos a saltar de nuevo sobre aquel círculo de fuego y poco después se alejaban de él a una zona menos expuesta.

* * *

Se hallaba el sol muy alto cuando Stella volvía a la vida, girando en torno a ella sus dilatados ojos.

Se encontraba tumbada sobre una manta, a la sombra de unos frondosos árboles, y a su lado, sentado, aplicándole compresas de agua fría a la cabeza, estaba Texas.

La muchacha tardó bastante en reconocerle. Luego, de súbito, rompió a llorar, y, tendiéndole los brazos al cuello, murmuró:

—¡Oh, Jim, amado mío! ¡Creí que ya nunca más volvería a verte!…

—Querida, olvida eso; yo también llegué a creerlo, pero Dios es bueno, y hasta en el peligro veló por nosotros. Nos puso a prueba y en el último instante nos tendió su mano y nos salvó.

La muchacha, recordando el terrible momento en que creyera morir achicharrada, recordó a su prima, y exclamó con angustia:

—¡Jim, por Dios! ¿Y Vera?

—No pases cuidado; se salvó también. Nino la atrapó cuando ya las llamas os iban a alcanzar, y cuida de ella. Aún no ha recobrado el conocimiento.

—¿Y… él?

—No sé, Stella. Sospecho que fue él quien prendió fuego a la pradera. Le tuve oculto al alcance de mi mano, y se fugó llevándose un buen caballo y el bidón de petróleo. Debió verse perdido, y,

antes de huir, prendió el incendio, tratando de deshacerse de vosotras. Ahora, Dios sabe dónde andará. Con el tiempo de delantera que lleva a su favor, el caballo que monta habrá alcanzado el llano y se habrá puesto a salvo. Está visto que el diablo se ha declarado su protector y nos lo quita de las manos; pero algún día caerá, y ese día…

—Éste día está aún lejano, Jim —afirmó Stella, atacada de un angustioso presentimiento—. Ese monstruo tiene siete vidas como los gatos, ya lo has podido ver, y, para acabar con ellas, va a hacer falta luchar mucho.

—Lucharemos, Stella, eso no me asusta, pero te juro que de aquí en adelante le estará vedado llegar hasta vosotras. Tenderé un círculo de revólveres alrededor vuestro que le será imposible atravesar, y si quiere lucha, habrá de tenerla conmigo. Estando vosotras a salvo, nada me asusta, porque me considero más fuerte que él.

—Sí, pero él es un traidor y tú un hombre leal.

—Los traidores siempre pagan sus culpas, no te preocupes.

Ella le tendió los brazos, atrayéndole hacia su pecho, y él, como un niño, quedó preso en ellos, sintiéndose transportado al Paraíso, que siempre había soñado para él en su compañía.





Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F. P. Duke con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».